

PADRE NUESTRO

Orar con el espíritu de Jesús

José Antonio Pagola

6ª EDICIÓN

Padre nuestro

Orar con el espíritu de Jesús

José Antonio Pagola

Primera edición: noviembre 2002

Segunda edición: marzo 2003

Tercera edición: noviembre 2008

Cuarta edición: diciembre 2010

Quinta edición: junio 2012

Sexta edición: julio 2014

Diseño de cubierta: José Ignacio Molano
Estudio SM

© José Antonio Pagola, 2002

© PPC; Editorial y Distribuidora; S.A., 2002

Impresores, 2

Parque Empresarial Prado del Espino

28660 Boadilla del Monte (Madrid)

ppccedit@ppc-editorial.com

ISBN: 978-84-288-1757-8

Depósito legal: M-48.250-2010

Impreso en la UE / *Printed in EU*

PRESENTACIÓN

«Estando Jesús orando en cierto lugar, cuando terminó, le dijo uno de sus discípulos: Maestro, enséñanos a orar, como enseñó Juan a sus discípulos. Él les dijo: Cuando oréis, decid: Padre...» (Lc 11,1-2). El Padrenuestro no es una oración más entre otras. Es la oración de los discípulos de Jesús. La oración que el Maestro enseña y deja como distintivo a sus seguidores. En ella podemos descubrir los deseos más íntimos de Jesús y sus aspiraciones más hondas.

No es extraño que los cristianos lo hayan considerado siempre como la síntesis del Evangelio. *Breviarum totius Evangelii* lo llamaba Tertuliano. En el Padrenuestro encontramos la enseñanza nuclear de Jesús, su mensaje de salvación, su programa de vida. Ahí está el Evangelio de Jesucristo, condensado en pocas palabras y traducido al lenguaje vital de la oración. Si captamos bien su contenido y su aliento, captaremos el mensaje más original de Jesús y su espíritu más hondo.

1. LA ESTRUCTURA DEL PADRENUESTRO

Es sencilla. Arranca con una invocación que indica con claridad a quién va dirigida la oración: «*Padre nuestro que estás en el cielo*». Tiene luego dos partes

bien definidas que conviene distinguir, pues marcan dos actitudes básicas en el orante.

En la primera parte se hacen tres peticiones que en castellano vienen expresadas en subjuntivo. Son fórmulas breves: «*Santificado sea*», «*venga*», «*hágase*», que recogen *tres grandes deseos* centrados en Dios: su nombre, su reino, su voluntad. En la segunda parte, por el contrario, encontramos *cuatro peticiones* en forma imperativa, que es lo propio de la oración de petición. Son fórmulas más largas, que se centran ahora en las necesidades del ser humano: «*Danos el pan*», «*perdona nuestros pecados*», «*no nos dejes caer en la tentación*», «*líbranos del mal*».

Así pues, en la primera parte, la atención se dirige hacia el mismo Dios. El orante le grita sus *tres grandes deseos*: que ese nombre de “Padre” sea glorificado, que su reinado se vaya imprimiendo en el mundo, que se haga cuanto antes realidad su voluntad de salvar al ser humano. En la segunda parte, la mirada se vuelve hacia la vida concreta de los hombres para hacerle a Dios *cuatro peticiones vitales*. Nuestra vida es frágil, está amenazada por la fuerza del mal y expuesta a peligros permanentes. El orante confía al Padre la existencia concreta de los hombres para pedirle pan, perdón, ayuda ante la tentación y la liberación del mal.

Nunca se han de separar estas dos partes del Padre-nuestro, pues forman una sola oración. Es el mismo orante quien se dirige al Padre del cielo. Primero,

para expresarle sus deseos ardientes de ver realizada la obra salvífica del Padre. Después, para presentarle las necesidades más urgentes de la humanidad. Los deseos sublimes de la primera parte serán realidad cuando el ser humano encuentre respuesta concreta a su necesidad de ser salvado de la precariedad, del pecado y del mal.

2. LOS SALMOS

Si queremos orar el Padrenuestro con el espíritu de Jesús, hemos de reconstruir en lo posible la atmósfera espiritual de la que brotó su oración al Padre. Para ello, nada mejor que ahondar en la tradición orante de los salmos. Ellos constituyen el *humus* en el que creció la espiritualidad de Jesús y donde se alimenta esa oración, tan sublime como sobria, que ha quedado plasmada en el Padrenuestro.

Estoy convencido de que un creyente que ahonde en la espiritualidad de los salmos, aprenderá a rezar el Padrenuestro como Jesús y podrá experimentar que esa oración, repetida tantas veces de forma rutinaria y distraída, se convierte en manantial inagotable de vida y esperanza.

3. ¿CÓMO UTILIZAR ESTE LIBRO?

Este libro tiene dos partes. En la primera se ofrece una breve reflexión o comentario que ayuda a com-

prender mejor el contenido de cada una de las peticiones que integran el Padrenuestro. En la segunda parte se van proponiendo algunas súplicas entresacadas de los salmos, que pueden ayudar a que cada petición del Padrenuestro tenga una resonancia más honda en nuestro corazón.

El lector puede comenzar por leer el comentario al Padrenuestro, bien íntegramente para obtener una visión global de toda la oración de Jesús, bien deteniéndose en cada petición para ahondar en su contenido.

La segunda parte del libro se puede utilizar para orar despacio alguna de las invocaciones o peticiones del Padrenuestro. Una vez seleccionada la petición («ven-ga a nosotros tu reino», «hágase tu voluntad», «lí-branos del mal»...), se puede leer la breve introducción que se propone para entonar el espíritu; luego elige cada uno el salmo o los salmos que quiere saborear despacio; por último se puede pronunciar repetidamente la petición de Jesús.

En estos tiempos de indiferencia y crisis religiosa, tentados por la mediocridad espiritual, enfrentados a nuevos retos y dificultades, los cristianos hemos de seguir pronunciando con nuestros labios y con nuestro corazón esa oración que nos enseñó Jesús y que encierra su más preciosa herencia: *«Padre nuestro que estás en los cielos»*.

EL PADRENUESTRO

I

PADRE NUESTRO QUE ESTÁS EN EL CIELO

El Padrenuestro arranca con una invocación que le da un tono propio a toda la oración. Lo primero es experimentar a Dios como Padre querido y cercano, despertar en nosotros la confianza total, sentirnos hermanos de cuantos son sus hijos. Este grito inicial al Padre no es solo una invocación introductoria que precede a las diversas peticiones, sino que ha de crear en nosotros el clima de intimidad y confianza que ha de impregnar toda la oración que sigue. Para nosotros, Dios no es un problema teórico sobre el que podemos hablar y discutir, sino Alguien vivo y cercano con el que podemos dialogar como Padre y Amigo querido.

1. EXPERIMENTAR A DIOS COMO PADRE

Han sido muchos los pueblos que han invocado a Dios como “padre” o como “madre”. Con esta expresión intentan expresar su absoluta dependencia de Dios, pero también el respeto y la confianza que sienten ante él. En estas religiones (Asiria, Egipto, Grecia, Roma) a Dios se le llama “padre” porque se le experimenta como “engendrador” y fuente de vida, y porque se le acepta como “señor” y principio de autoridad. Así hemos de entender el antiquísimo himno de Ur de Caldea donde a Dios se le invoca como *«Padre, lleno de gracia y de misericordia en cuya mano descansa la vida de toda la tierra»*¹.

Esta intuición religiosa de tantos pueblos ha recibido luz nueva en la historia de Israel. Sin embargo, solo lentamente llegó el pueblo bíblico a representarse a Dios como Padre. No querían ensombreceer su experiencia de un Dios trascendente imaginando ligeramente a los seres humanos como hijos de un dios o

¹ Citado por J. JEREMIAS en *Abbá. El mensaje central del Nuevo Testamento*, Sígueme, Salamanca, 1981, p. 19.

una diosa, al estilo de ciertas religiones del Próximo Oriente. Yahvé es un Dios cercano, él guía a Israel, vive en estrecha alianza con su pueblo, pero no puede ser representado por imagen alguna, y su nombre es misterioso. Cuando Moisés le pregunta a Dios cómo se llama, Dios le contesta: *«Soy el que soy... Este es mi nombre para siempre, por él seré invocado de generación en generación»* (Ex 3,14-15).

Sin embargo, la experiencia de sentirse pueblo elegido va a hacer emerger un clima religioso que hace posible designar a Dios como Padre. Israel es como una gran familia llamada a la vida por Yahvé, el padre del pueblo. En la tercera parte del libro de Isaías podemos observar un lenguaje nuevo: *«Tú eres nuestro padre. Abrahán no sabe de nosotros, Israel no nos reconoce, tú, Señor, eres nuestro padre»* (Is 63,16). Algo más adelante, el profeta habla así: *«Señor, tú eres nuestro padre, nosotros la arcilla y tú el alfarero: somos todos obra de tu mano»* (Is 64,7). Dios acompaña con su amor paternal la historia de Israel. Lo *«ha llevado como a un hijo por todo el camino»* (Dt 1,31), lo *«ha educado como un padre educa a su hijo»* (Dt 8,5). Según el profeta Oseas, ha sido así desde el principio: *«Cuando Israel era niño, le amé, y desde Egipto llamé a mi hijo»* (Os 11,1).

Es normal que el pueblo elegido saque algunas consecuencias. Ese amor paternal de Dios está pidiendo respuesta: *«El hijo honra a su padre, el siervo a su señor. Pues si yo soy padre, ¿dónde está mi honra?, y si señor,*

¿dónde queda mi respeto?» (Mal 1,6). La misma queja resuena en el Deuteronomio: «¿Así le pagas al Señor, pueblo necio e insensato? ¿No es él tu padre y tu creador, el que te hizo y te constituyó?» (Dt 32,6). El amor paternal de Dios está pidiendo, sobre todo, fraternidad: «¿No tenemos todos nosotros un mismo Padre? ¿No es un solo Dios el que nos ha creado? Entonces, ¿por qué nos traicionamos unos a otros profanando la alianza de nuestros padres?» (Mal 2,10).

A pesar de todos estos textos, en el Antiguo Testamento el nombre de “padre” dado a Dios no es determinante, sino solo un nombre entre otros muchos más frecuentes e importantes, como “señor”, “juez”, “rey”, “creador”. Solo Jesús revelará el contenido encerrado en la invocación a Dios como Padre.

Cuando un cristiano inicia su oración, lo primero que hace es situarse ante un Dios *Padre*. Dios es para nosotros Misterio trascendente y santo, pero Misterio de amor personal y concreto. Al orar, no nos dirigimos a “algo”, no nos sumergimos en la “Energía cósmica” que lo dirige todo, no nos fundimos con la “Totalidad misteriosa del universo”. Nosotros nos dirigimos a “Alguien” con rostro personal, atento a los deseos y necesidades del corazón humano. Dialogamos con un Padre que está en el origen de nuestro ser y que es el destino último de nuestra existencia. Cuando pronunciamos esta palabra “Padre”, orientamos todo nuestro ser hacia el único que nos ama, comprende y perdona, pues somos sus hijos.

2. CON LA CONFIANZA DE HIJOS

En su oración, Jesús siempre se dirige a Dios llamándolo *Abbá*. Es cierto que, en sus parábolas, Dios aparece también como rey, señor, juez..., pero cuando habla con él sólo le llama *Abbá*. Ese es su nombre propio.

Esta expresión aramea, utilizada por Jesús en todas sus oraciones que han llegado hasta nosotros, es un término que usaban especialmente los niños pequeños para dirigirse a su padre. Un diminutivo cariñoso (algo así como “papá”) que nadie se había atrevido a emplear hasta entonces para dirigirse a Dios². Este *Abbá* encierra, sin duda, el secreto de la relación íntima que vive Jesús con Dios, su Padre querido. Como dice J. Jeremias, Jesús «habló con Dios como un hijo con su padre, con la misma sencillez, el mismo cariño, la misma seguridad. Cuando Jesús llama a Dios *Abbá*, nos revela cuál es el corazón de su relación con él»³. La actitud de Jesús ante Dios es la del que habla desde la confianza, el afecto y la ternura de un niño pequeño.

Pero Jesús no se reserva para sí mismo invocar a

² Sobre esta expresión infantil, cfr. el estudio de J. JEREMIAS, *o. c.*, pp. 65-73. A pesar de las precisiones que se han hecho posteriormente a la tesis de J. Jeremias (por ejemplo por parte de J. Barr), este término, tal como lo emplea Jesús en un contexto social en el que de ordinario ni siquiera se nombraba a Dios, reviste un significado especial e inusual. Cfr. A. TORRES QUEIRUGA, *Repensar la cristología*, Verbo Divino, Estella, 1996, p. 353, nota 83.

³ J. JEREMIAS, *o. c.*, p. 70.

Dios como Padre querido, sino que enseña e invita a sus discípulos a que también ellos le invoquen con la misma confianza y seguridad. «Al entregar el Padrenuestro a los discípulos, Jesús les transmitió el poder de decir como él: *Abbá*. Esto significa que les hacía participar de su relación con Dios»⁴. La Iglesia primitiva guardó esta expresión de Jesús en su original arameo como el núcleo de la nueva confianza con la que pueden invocar a Dios quienes siguen a su Hijo. «*Mirad, no recibisteis un espíritu que os haga esclavos y os vuelva al temor; recibisteis un Espíritu que os hace hijos y que nos permite gritar: ¡Abbá! ¡Padre!*» (Rom 8,15). «*La prueba de que sois hijos es que Dios envió a vuestro interior al Espíritu de su Hijo, que grita: ¡Abbá! ¡Padre! De modo que ya no eres esclavo, sino hijo*» (Gál 4,6).

Para rezar el Padrenuestro es necesario despertar en nosotros este “espíritu de hijos”, hablar con Dios con seguridad y confianza de hijos, hacer desaparecer todo temor, abandonarnos con gozo en Dios, nuestro Padre querido. Esta es la gran novedad de Jesús: «*A los que creen en su nombre les da poder de ser hijos de Dios*» (Jn 1,12). Esto que hoy escuchamos, tal vez, como algo “normal”, era subrayado con gozo y asombro en las primeras comunidades cristianas: «*Mirad qué amor nos ha tenido el Padre para llamarnos hijos de Dios, pues ¡lo somos!*» (1 Jn 3,1). Es cierto que ahora

⁴ J. JEREMIAS, *o. c.*, p. 71.

no se manifiesta todavía en nosotros esta condición de “hijos de Dios”, pero un día experimentaremos todo lo que esto significa: *«Queridos, ahora somos hijos de Dios, pero aún no se ha manifestado lo que seremos. Sabemos que, cuando se manifieste, seremos semejantes a él, porque le veremos tal cual es»* (1 Jn 3,2).

Hemos de aprender a orar a Dios *Abbá* con confianza total de hijos. Esta es la actitud básica y esencial que hemos de cuidar, ahondar y hacer crecer en nosotros sin temor alguno. Dios es nuestro *Abbá*, un Padre que nos ama con amor insondable y que *«sabe lo que necesitamos antes de pedírselo»* (Mt 6,8).

3. SABIÉNDONOS HERMANOS

El Padrenuestro se reza en plural desde el comienzo hasta el final. Jesús nos enseña a decir «Padre nuestro», no «Padre mío»⁵. Quien invoca así a Dios no puede desentenderse de los demás. No podemos presentarnos ante Dios solo con nuestros problemas y preocupaciones, ajenos a los demás hombres y mujeres. En el padrenuestro no se le pide a Dios nada solo para uno mismo, sino para todos. El Padre-nuestro solo se puede rezar con un corazón grande y universal. Dios es “nuestro”, de todos. Nadie ha de quedar excluido.

⁵ El término “*Abbá*” puede aplicarse tanto al singular como al plural. Mateo traduce “*Padre nuestro*” con todo acierto, pues toda la oración está en plural.

Dios es Padre de toda la familia de seguidores de Jesús. Pero es también Padre de todos, sin discriminación ni exclusión alguna. Es el “Padre del cielo”. No está ligado a un lugar sagrado. No pertenece a un pueblo o a una raza concreta. No cabe en ninguna religión. Es el Dios de todos. *«Hace salir el sol sobre buenos y malos y manda la lluvia sobre justos e injustos»* (Mt 5,45). *«Es bueno con los malos y desagradecidos»* (Lc 6,35). Rezar el Padrenuestro es reconocer a todos como hermanos y hermanas, sentirse en comunión con todos los hombres y mujeres, sin rechazar a nadie, sin despreciar a ningún pueblo, sin discriminar a ninguna raza.

4. EL PADRE DEL CIELO

Dios es nuestro Padre querido, bueno con todos, cercano a cada uno, pero no hemos de confundirlo con un padre cualquiera. Nos lo advierte el mismo Jesús: *«No llaméis a nadie “Padre” vuestro en la tierra, porque uno solo es vuestro Padre: el del cielo»* (Mt 23,8-9). Un Padre íntimo y cercano, pero trascendente. Un Padre *«que está en el cielo»*.

Según la concepción bíblica, “la tierra” es el espacio en el que viven los seres humanos y “el cielo” es el lugar de Dios. Así dice el salmista: *«El cielo pertenece al Señor, la tierra se la ha dado a los hombres»* (Sal 115,16). El cielo es símbolo de la trascendencia

y la inmensidad de Dios: *«¿Es posible que Dios habite en la tierra? Si no cabes en el cielo y en lo más alto del cielo, ¡cuánto menos en este templo que te he construido!»* (1 Re 8, 27), dice el rey Salomón después de edificar para Yahvé el primer templo de Jerusalén ⁶.

Dios “está en el cielo”. No está aquí, en la tierra, siempre a mano para utilizarlo cuando lo necesitamos. No rezamos a Dios para que nos defienda de la dureza de la vida y nos resuelva los problemas. Lo que le pedimos es saber actuar y vivir desde su gracia, su bondad y su verdad.

Es sabido que, para Sigmund Freud, la religión es una «neurosis infantil colectiva»: los hombres buscan en Dios un «sucedáneo del padre», alguien que los acoja y proteja. Por eso la religión crea, en su opinión, una dependencia infantil neurótica y, de la misma manera que para madurar y ser adultos hay que «matar al padre» haciéndose uno padre de sí mismo, así también los hombres tienen que liberarse de Dios para asumir su propia responsabilidad y ser dueños de sí mismos.

Sin embargo, orar a un Padre del cielo no infantiliza. Jesús no tiene nada de niño débil e infantil que vive buscando el consuelo y la protección de Dios. Su obediencia al Padre no lo infantiliza, sino que le

⁶ Los evangelistas recuerdan la costumbre de Jesús, el cual, al orar, elevaba los ojos al cielo (Mc 7,34; Jn 11,41; 17,1). La costumbre más generalizada era, al parecer, orar mirando hacia el Templo.

hace responsable para asumir su propia misión hasta el fondo. Dios es nuestro Padre querido, pero está en el cielo, no en la tierra. No nos acompaña para sustituirnos en la solución de nuestros problemas. Está en el cielo, remitiéndonos a nuestra propia responsabilidad, dejando la construcción del mundo en nuestras manos. Por eso, invocar al Padre del cielo no crea dependencia infantil, no “castra” nuestra personalidad. Al contrario, el creyente encuentra en ese Dios el mejor estímulo y fundamento para vivir responsablemente la fraternidad universal. Ese “Padre del cielo” es fuente de autonomía, libertad y responsabilidad para construir un mundo más humano y fraterno.

5. DIOS PADRE Y MADRE

Cuando invocamos a Dios como Padre no estamos pensando en ninguna determinación sexual. «Dios no es varón porque se hable de él como Padre, ni es mujer porque se hable de él como Madre»⁷. No hay más motivo para emplear el masculino que el femenino cuando hablamos de Dios. Dios Padre no representa lo masculino frente a una Diosa-Madre que representara lo femenino. Cuando invocamos a

⁷ S. DEL CURA, «Dios Padre/Madre. Significado de implicaciones de las imágenes masculinas y femeninas de Dios», en *Dios es Padre*, Secretariado Trinitario, Salamanca, 1991, p. 307.

Dios como Padre, lo único que queremos expresar es que Dios es principio y origen de nuestro ser, y que ese misterio último que origina, sostiene y fundamenta el universo es un misterio de amor insondable⁸.

Por ello, tan legítima es la imagen femenina de Dios como la masculina. La misma tradición bíblica no teme representar a Dios con imágenes femeninas, incluso dentro de una sociedad patriarcal. Así se puede leer en la segunda y tercera parte del libro de Isaías: «Escuchadme, casa de Jacob, resto de la casa de Israel, con quien he cargado desde el vientre materno, a quien he llevado desde las entrañas...» (Is 46,3). «¿Acaso puede olvidar una mujer a su hijo de pecho, no compadecerse del hijo de sus entrañas? Pues aunque ella llegase a olvidar, yo no te olvidaré» (Is 49,15). «Como a un niño a quien su madre consuela, así os consolaré yo» (Is 66,13). Por eso, aunque a muchos pudieron sorprender las palabras de Juan Pablo I, en realidad no representaban novedad especial. Esto fue lo que dijo: «Dios es Padre; más aún, es Madre. No quiere nuestro mal; solo quiere hacernos bien a todos»⁹.

⁸ L. BOFF, *El rostro materno de Dios*, Ed. Paulinas, Madrid, 1981. I. GÓMEZ-ACEBO, *Dios también es madre*, San Pablo, Madrid, 1994. D. SÖLLE, «Dios, madre de todos nosotros»: *Selecciones de Teología* 25 (1986). F. ELIZONDO, «Diosa-Madre», en X. PIKAZA / N. SILANES (dirs.), *Diccionario teológico. El Dios cristiano*, Secretariado Trinitario, Salamanca, 1992, pp. 346-355. L. GONZÁLEZ-CARVAJAL, *¡Noticias de Dios!*, Sal Terrae, Santander, 1997, pp. 215-232.

⁹ JUAN PABLO I, *Enseñanzas al Pueblo de Dios*. Libreria Editrice Vaticana, Ciudad del Vaticano, 1978, p. 5.

Tal vez, en medio de una sociedad que sigue configurada por el varón, sea conveniente superar el uso obligado y casi exclusivo de un lenguaje patriarcal que puede estrechar y empobrecer nuestra experiencia de Dios. Él está por encima de cualquier lenguaje humano, pero los nombres que le damos tienen su importancia, ya que de ellos depende, en buena parte, lo que representa para nosotros. Probablemente, confiarse a un Dios de entrañas maternas puede hoy ayudar a más de uno a vivir una experiencia más rica y entrañable del Misterio de Dios.

II

SANTIFICADO SEA TU NOMBRE

Después de la invocación inicial, vienen expresados tres grandes deseos. El primero de todos está formulado de manera breve y concisa: «*Santificado sea tu nombre*». No se trata de una petición más. Es el primer deseo que nace de Jesús, «la principal preocupación y la aspiración más ardiente de su alma»¹. Para él, el objetivo de todo es la “gloria” de Dios, que el “*Nombre de Dios*” sea santificado. Solo quien descubra el contenido hondo de esta extraña fórmula podrá pronunciar el Padrenuestro con el espíritu de Jesús.

¹ H. SCHÜRMANN, *o. c.*, p. 28.

1. EL NOMBRE DE DIOS

En la cultura bíblica, el nombre no es solo un término para designar a una persona o un objeto. El nombre indica realmente el ser, la naturaleza íntima de esa persona o ese objeto². El nombre de Dios expresa el ser de Dios, su misterio inefable, tal como ha querido revelarse y darse a conocer. El nombre de Dios les sugiere a los israelitas lo que Dios es para aquel pueblo: un Dios amigo, que ama al pueblo de modo entrañable, un Dios fiel que salva, libera, castiga y perdona... El nombre de Dios sigue siendo un misterio. *«Soy el que soy... este es mi nombre para siempre»* (Ex 3,14-15). Pero el pueblo de Israel va experimentando que Dios es amor salvador: *«Envío la redención a su pueblo, confirmó su alianza para siempre; su nombre es sagrado y digno de respeto»* (Sal 111,9).

El nombre de Dios les recuerda, sobre todo, su bondad. *«Las obras del Señor son todas buenas [...] No cabe*

² A Abrán, Dios le cambia su nombre y lo llama *Abrahán*, porque será *«padre de una multitud»* (Gn 17,5). A Simón, hijo de Jonás, Jesús le cambia el nombre y lo llama *“Pedro”*, porque será *“la piedra”* sobre la que edifique su Iglesia (Mt 16,18).

decir: "Esto es peor que aquello", pues todo a su tiempo demuestra su bondad. Y ahora de todo corazón y a boca llena cantad himnos y bendecid el nombre del Señor» (Eclo 39,33-35). El recuerdo de su nombre solo puede despertar agradecimiento: «Bendice al Señor, alma mía, y todo mi ser a su santo nombre. Bendice al Señor, alma mía, no te olvides de sus beneficios» (Sal 103,1-2). María, que vive esta espiritualidad bíblica, canta así su agradecimiento: «Porque ha hecho en mí cosas grandes el Poderoso. Su nombre es santo» (Lc 1,49).

El nombre de Dios expresa, pues, la actuación amorosa de Dios en medio de los hombres, su presencia salvadora y liberadora. Por eso, los creyentes confían solo en su nombre: *«Nuestro auxilio está en el nombre del Señor, que hizo el cielo y la tierra» (Sal 124,8). Por eso invocan el nombre de Dios: «Socórrenos, Dios Salvador nuestro, por el honor de tu nombre; líbranos y perdona nuestros pecados, por causa de tu nombre» (Sal 79,9). El verdadero creyente pone toda su confianza en el nombre de Dios. Ese nombre lo es todo para él: «Yo esperaré en tu nombre, porque es bueno» (Sal 52,11), «Celebraré tu nombre, porque es bueno» (Sal 54,8).*

Toda la bondad, el amor salvador y la ternura bienhechora que encierra el nombre de Dios se nos ha revelado de manera definitiva en Cristo. *«Yo les he dado a conocer tu Nombre y se lo seguiré dando a conocer, para que el amor con que tú me has amado esté en ellos y yo en ellos» (Jn 17,26). Este es el Nombre sagrado*

de Dios que deseamos sea santificado, proclamado, reconocido.

2. LA SANTIDAD DE DIOS

Cuando nosotros hablamos de “santidad”, de ordinario pensamos en la “perfección moral” que una persona ha alcanzado en un grado notable. En la tradición bíblica, sin embargo, la santidad es, antes que nada, el modo de ser propio de Dios. Solo Dios es realmente “santo”. Él es distinto de todo cuanto existe. Es incomparable. Él es Dios y no hombre (cfr. Os 11,9). No es prolongación de nuestro mundo. Es completamente otro, insondable, trascendente³. Su modo de ser y de actuar no pueden ser comparados con nada ni con nadie. En concreto, él ama y busca la justicia como ninguno. Aborrece la iniquidad; defiende a los débiles; su misericordia no tiene fin: su acción salvadora es insondable. Así pues, la santidad de Dios es fundamento y exigencia para vivir de manera santa.

Lo mismo se dice en las primeras comunidades cristianas: *«Igual que es santo el que os llamó, sed también vosotros santos en toda vuestra conducta, porque la Escritura dice: “Seréis santos, porque yo soy santo”»*

³ La palabra semítica *qodés* (santo) deriva de una raíz que significa ‘cortar’, ‘separar’.

(1 Pe 1,15-16). Es la idea de Jesús: «*Sed perfectos como vuestro Padre del cielo es perfecto*» (Mt 5,48).

3. QUE DIOS SANTIFIQUE SU NOMBRE

Este deseo nace en nosotros porque el nombre de Dios, “*Abbá*”, no es santificado ni glorificado. No se le deja a Dios ser Padre de todos. Su nombre de “Padre” no es reconocido. Se le ofende violando a sus hijos e hijas. Su nombre de Padre es despreciado, ignorado o rechazado cuando en el mundo crecen los odios y las injusticias.

El creyente pide a Dios que sea él mismo el que santifique su nombre, el que se haga reconocer por todos⁴. La gloria de Dios es algo demasiado grande para que solo nosotros con nuestras fuerzas la podamos hacer realidad. Nosotros le exponemos al Padre nuestro deseo ardiente de que su nombre santo de Padre sea conocido, reconocido, venerado, agradecido y ensalzado. Es él quien, antes que nadie, tiene que santificar su nombre, no nosotros. Así aparece ya en el profeta Ezequiel: «*Yo santificaré mi gran nombre, profanado entre las naciones, profanado allí por vosotros. Y las naciones sabrán que yo soy Yahvé, cuando yo, por medio de vosotros, manifieste mi santidad ante ellos*» (Ez 36,23).

⁴ “*Santificado sea*”. Esta fórmula en pasiva es una manera de indicar que el sujeto de esa acción es Dios, sin tener que mencionarlo explícitamente.

Por eso le decimos a Dios: «Padre querido, santifica ese nombre tuyo». Repetimos así la oración de Jesús: *“Padre, glorifica tu nombre”* (Jn 12,28). Este es nuestro primer deseo: que la gloria de Dios llene la tierra, que Dios sea Dios, que su bondad, su amor y su justicia salvadora lo penetren todo, que su nombre de Padre, profanado por los hombres, sea glorificado. Que se imponga su amor de Padre entre unos hombres y mujeres cada vez más hermanos.

4. NUESTRO COMPROMISO

No puede salir de nosotros este deseo ardiente de ver el nombre santo de Dios reconocido y santificado si en nosotros no hay un deseo de vivir de “manera santa”, dando gloria a Dios en nuestra propia vida, *«llenos de los frutos de justicia que vienen por Jesucristo, para gloria y alabanza de Dios»* (Flp 1,11). Esta es la idea de Jesús: nosotros santificamos y glorificamos el nombre del Padre haciendo “obras buenas”. *«Alumbre vuestra luz a los hombres; que vean el bien que hacéis y glorifiquen a vuestro Padre del cielo»* (Mt 5,16).

Concretamente, “*santificar el nombre de Dios*” significa para nosotros respetar a Dios, aceptar su presencia misteriosa en nosotros; dejarle a Dios ser Dios, sin pretender manipularlo; hacerle sitio en nuestra vida, en nuestro pensar, sentir y actuar, sin obstaculizar su acción salvadora en nosotros; acogerlo como ori-

gen y destino último de nuestra existencia; amarlo como *Abbá*, Padre querido. Significa, por lo tanto, no hacernos otros dioses, desterrar toda idolatría, reconocerlo como único Señor, sin rendir nuestro ser al dinero, al poder, al sexo o a cualquier otro ídolo; poner solo en él nuestra esperanza, confiar solo en su nombre.

Pero el nombre concreto de Dios es *Abbá*, Padre. Por eso, santificar su nombre es vivir como verdaderos hijos suyos, acogiendo a todos como hermanos; crear en el mundo unas relaciones más santas, justas y humanas; reaccionar contra todo lo que destruye la dignidad y los derechos de las personas; trabajar por una vida más digna y feliz para todos, pues «*lo que da gloria a Dios es un hombre lleno de vida*»⁵.

Sin embargo, nunca lograremos ver en esta tierra un mundo santo, perfecto y justo, donde Dios sea acogido como Padre y donde los hombres y mujeres se amen plenamente como hermanos. Nunca veremos hechos realidad el amor, la justicia y la paz, que tanto deseamos. Por eso, al decir «*santificado sea tu nombre*», nuestro deseo se abre a una esperanza última y definitiva cuando “*Dios sea todo en todos*” (1 Cor 15,28).

⁵ Así reza el conocido aforismo de san Ireneo: *Gloria Dei, vivens homo; vita, autem, hominis visio Dei* (*Adversus haereses* IV, 20, 7).

III

VENGA A NOSOTROS TU REINO

Este grito, «*venga a nosotros tu reino*», ayuda a concretar y comprender mejor el deseo anterior de la santificación del nombre de Dios. Para Jesús, la venida del Reino de Dios lo es todo, el núcleo central de su mensaje, la convicción más profunda, el objetivo de toda su actuación, la pasión de su vida. No es extraño que, al enseñar a sus discípulos a orar, le salga este deseo desde lo hondo de su ser: «*Padre, venga tu reino*». Esta terminología monárquica nos puede resultar hoy un tanto extraña. Incluso la podemos entender mal. Pero, si queremos comprender bien el Padrenuestro, hemos de ahondar en esta expresión.

1. EVITAR IDEAS ERRÓNEAS

No hemos de identificar el Reino de Dios con el *cielo*, lugar de recompensa y disfrute eterno con Dios¹. Jesús no está pensando en un reinado de Dios que se realiza en la otra vida, más allá de la muerte. El reinado de Dios es algo que está en marcha y acontece ahora. Es cierto que la plenitud del Reino se dará al final, pero el crecimiento del Reino de Dios, la acogida, la entrada en el Reino, tienen lugar ahora. Por eso, al decir «*venga a nosotros tu reino*», no estamos pidiendo ir al cielo. Estamos gritando que el Reino de Dios se haga realidad entre nosotros, que llegue su justicia, que se imponga en el mundo su señorío.

Tampoco hemos de entender el Reino de Dios como algo interior, que se realiza por medio de *la gracia* en el alma de los creyentes², sino como un proceso

¹ San Mateo habla del «*reino de los cielos*», pero es para designar el «*reino de Dios*», evitando usar explícitamente el nombre divino.

² La idea de un Reino de Dios en el interior de las personas proviene, sobre todo, de la interpretación que muchos Padres hicieron de Lc 17,21: «... *el reino de Dios ya está dentro de vosotros*». La exégesis actual entiende: «*El reino de Dios*

llamado a transformar la vida entera. Naturalmente, la conversión al Reino de Dios implica una vida interior, pero la llamada a “entrar en el Reino” no es una invitación a intensificar la vida espiritual, sino a tomar una decisión que compromete a toda la persona. Por eso, cuando decimos «*venga a nosotros tu reino*», no pedimos que Dios reine interiormente en los corazones, sino que transforme la realidad entera del mundo y la vida material, espiritual y social de los hombres, para que sea más conforme con los designios de Dios nuestro Padre.

Tampoco hemos de confundir el Reino de Dios con la *Iglesia* como si el Reino de Dios solo se realizara dentro de la institución eclesiástica y creciera y se desarrollara en la medida en que crece y se desarrolla esta. La Iglesia está al servicio del Reino de Dios y trata de anunciarlo y promoverlo, pues es “*sacramento*” o signo de la presencia de Dios entre los hombres, inaugurada por Cristo y en Cristo. Pero el Reino de Dios no se identifica con las fronteras de la Iglesia visible; Dios reina donde reina su amor y su justicia. Por eso, cuando decimos «*venga a nosotros tu reino*», no pedimos que crezca y se extienda la Iglesia, sino que el Reino de Dios llegue al mundo entero y también a la Iglesia.

ya está entre vosotros» (*La Biblia de La Casa de la Biblia*). Asimismo, la nueva versión española de la *Biblia de Jerusalén*, que traduce “*dentro de vosotros*”, lo entiende, sin embargo, así: «Hay que optar por él, no es acontecimiento puramente externo».

2. LA UTOPIA DEL REINO DE DIOS

Cuando en Israel se organizó la monarquía, no por eso Dios dejó de ser el soberano del pueblo, el auténtico Rey de Israel. Por eso se le aclamaba con himnos como este: *«A ti, Señor, la grandeza, el poder, el honor, la majestad y la gloria, porque tuyo es cuanto hay en el cielo y en la tierra. A ti, Señor, la realeza y el dominio sobre todas las cosas»* (1 Cr 29,11). Los reyes de Israel estaban sometidos a Dios y debían cumplir su voluntad.

Por eso, nada tiene de extraño que, al comprobar que tampoco los reyes actuaban con justicia y bondad, se despertara en el pueblo la esperanza de que Dios mismo enviaría un día a su “*Ungido*” o Mesías, descendiente de la familia real de David, para que instaurara el verdadero “*Reinado de Dios*”, haciendo realidad una utopía tan vieja como el corazón humano: la desaparición del mal, de la injusticia y la opresión, del dolor y de la muerte.

El “Reino de Dios” traerá consigo la verdadera justicia y la paz, la salvación y la felicidad. Entonces desaparecerán el pecado y las injusticias, y se promoverá la liberación y la dignidad de todos. Esto es lo que anuncia el Libro de la consolación de la profecía de Isaías: *«¡Qué hermosos son sobre los montes los pies del mensajero que anuncia la paz, que trae buenas noticias, que anuncia salvación, que dice a Sión: “Ya reina tu Dios”»* (Is 52,7).

El Reino de Dios es, sobre todo, una buena noticia para los pobres y los maltratados injustamente. Dios no puede reinar sino haciendo justicia a aquellos a quienes nadie se la hace, ni siquiera los reyes de la tierra. Solo Dios puede garantizar la defensa de los débiles: *«Los oprimidos volverán a alegrarse con el Señor y los pobres gozarán con el Santo de Israel; porque se acabó el tirano, se terminó el cínico»* (Is 29,19-20). Así canta el salmista: *«Él libraré al pobre que pide auxilio, al afligido que no tiene protector; él se apiadará del pobre y del indigente, y salvará la vida de los pobres; él vengará sus vidas de la violencia, su sangre será preciosa a sus ojos»* (Sal 72,12-14).

Así pues, el deseo de que venga el “Reino de Dios” recoge el anhelo de que llegue un nuevo orden de cosas que solo Dios puede introducir. Solo él puede imponer entre los hombres la justicia verdadera. Solo él puede traer al mundo la paz y la salvación. Solo él puede destruir el pecado y eliminar la iniquidad.

3. EL REINO DE DIOS ESTÁ LLEGANDO

Toda la actuación de Jesús se concentra en la venida de este Reino de Dios³. Jesús vive convencido de que con él, con su mensaje y su actuación, el Reino de

³ He tratado la actuación de Jesús al servicio del Reino de Dios en *Jesús de Nazaret. El hombre y su mensaje*, Idatz, San Sebastián, 1981, pp. 81-154.

Dios comienza a hacerse realidad. Dios está ya llegando. El Reino de Dios comienza a abrirse camino entre los hombres. La vida está siendo trabajada por la fuerza salvadora de Dios. Esta es la gran noticia que nos obliga a todos a cambiar. Así resume el evangelista san Marcos el mensaje central de Jesús: *«El tiempo se ha cumplido, ya llega el reinado de Dios. Convertíos y creed la Buena Noticia»* (Mc 1,15).

Este reinado de Dios no llega con la espectacularidad que muchos contemporáneos de Jesús esperaban, sino de una manera humilde, sencilla y casi oculta. El Mesías o Enviado de Dios no viene a instaurar un reino poderoso de carácter político. Su modo de hacer presente el Reino de Dios es introducir en la vida de los hombres justicia, verdad, salud, perdón. *«El Hijo del Hombre no ha venido para que le sirvan, sino para servir y para dar su vida en rescate por todos»* (Mc 10,44).

Por eso, este reinado de Dios es como una “*semilla*” que se ha sembrado en el mundo para ir creciendo (Mc 4,26-32), como un trozo de “*levadura*” que ha sido introducido en la historia humana para ir transformándola (Mt 13,33). La fuerza salvadora de Dios está ya actuando, pero es como un “*tesoro escondido*” que hay que saber descubrir (Mt 13,44) o como una “*perla preciosa*” por la que merece arriesgar todo lo demás (Mt 13,45). A primera vista, todo esto del “Reino de Dios” puede parecer todavía algo insignificante, como un pequeño “*grano de mostaza*”

(Mc 4,31), incluso puede parecer que fracasa, pues la semilla puede correr suertes diversas, según la acogida o la resistencia que encuentre al caer en diferentes terrenos (Mc 4,3-9). Pero Jesús invita a sus seguidores a descubrir en lo más profundo de la historia humana la fuerza humilde pero poderosa de Dios, que conduce ya al mundo hacia su salvación: *«Vosotros estáis ya en el secreto de lo que es el reinado de Dios»* (Mc 4,11).

El propio Jesús, con su actuación sanadora y su lucha contra el mal y el dolor, ofrece signos de que el reinado de Dios está llegando: *«Los ciegos ven y los cojos andan, los leprosos quedan limpios y los sordos oyen, los muertos resucitan y a los pobres se les anuncia la buena noticia»* (Mt 11,5). Si Jesús va expulsando el mal y haciendo la vida de los hombres más sana, más liberada y dichosa, esto indica que Dios está venciendo el mal con el bien y está implantando su Reino: *«Si yo expulso demonios por el Espíritu de Dios (Lucas = el dedo de Dios), es que el Reino de Dios ha llegado a vosotros»* (Mt 12, 28 = Lc 11, 20).

La llegada del Reino de Dios es la mejor noticia que podía escucharse en el mundo, pues el que quiere reinar entre los hombres no es un dictador, sino un Dios-Padre, *Abbá*, que lo único que busca es el bien y la dicha de todos. Si Dios reina, reinará entre los hombres la fraternidad, la comunión y la amistad. Acoger a Dios como único Absoluto no conduce a la injusticia, la opresión y la mutua destrucción. Al con-

trario, es lo único que puede llevar a la humanidad a la convivencia fraterna y a la justicia para todos.

Según Jesús, los primeros que han de escuchar la buena noticia del Reino son los pobres: «*El Espíritu del Señor está sobre mí y me ha ungido para que dé esta Buena Noticia a los pobres*» (Lc 4,18). Los primeros beneficiados con la llegada del Reino de Dios son los indefensos, las víctimas de los poderosos, los marginados, los que no tienen sitio en la sociedad ni en el corazón de los demás. No es que estos sean mejores que nadie para merecer el Reino de Dios de forma privilegiada. La única razón es que son pobres y están necesitados de justicia y amor. Por eso es bueno para ellos que se imponga el reinado de Dios y su justicia.

Si Dios reina en el mundo, en esa misma medida ya los poderosos no reinarán sobre los débiles, los ricos no abusarán de los pobres, los varones no dominarán a las mujeres, los pueblos del Primer Mundo no explotarán a los del Tercero. Por otra parte, si reina Dios y su justicia, ya no reinarán entre los hombres como señores absolutos el dinero, la fuerza, las armas, el bienestar o el poder. No se podrá dar a ningún César lo que es de Dios (cfr. Lc 20,25). No se podrá servir al mismo tiempo a Dios y al Dinero.

4. ENTRAR EN EL REINO

Ese Reino de Dios está en proceso. «*Está ya aquí, pero todavía no ha llegado a su plenitud. Ha sido*

sembrado en la tierra, y tiene que ir creciendo. Sus comienzos son humildes, casi insignificantes, pero está destinado a tener un alcance universal. El bien ya actúa en el mundo, pero todavía no ha vencido del todo al mal. El Reino es un don que hemos recibido, pero también es una promesa que esperamos ver realizada»⁴. De ahí nuestro grito: «*Venga tu Reino*»: que la “semilla” siga creciendo, que la “levadura” siga fermentando; que lo comenzado en Cristo siga desarrollándose.

Gritar desde dentro esta petición solo es posible cuando uno está dispuesto a entrar en la dinámica del Reino. Si anhelamos el Reino hemos de escuchar la llamada de Jesús: «*Buscad el reino de Dios y su justicia; lo demás se os dará por añadidura*» (Mt 6,33). Entrar en el Reino de Dios exige adoptar una actitud de “niños” que acogen al Padre, *Abbá*, pues «*los que son como ellos tienen a Dios por Rey*» (Mt 19,14). Exige también vivir con el espíritu de las bienaventuranzas, pues «*de ellos es el reino de Dios*» (Lc 6,20).

Pero, además, el anhelo del Reino de Dios impulsa y compromete a trabajar para que ese Reino de Dios sea acogido. Esto significa trabajar por un mundo más fraterno y solidario, construir unas relaciones más humanas, instaurar la paz y promover la reconciliación, reaccionar contra las injusticias, mantener siempre viva la esperanza en Dios, sin caer en el

⁴ A. BORRELL, *o. c.*, p. 46.

pesimismo o la desesperanza, pedir ardientemente la venida del Reino.

Siguiendo a Jesús, también nosotros estamos llamados a realizar gestos liberadores, creadores de vida, que puedan ser percibidos como buena noticia por quienes sufren: *«Por el camino, proclamad que el reinado de Dios ya está llegando. Curad enfermos, resucitad muertos, limpiad leprosos, expulsad demonios. Gratis lo recibisteis, dadlo gratis»* (Mt 10,7-8). Los gestos pueden ser diversos: ofrecer esperanza a quienes no tienen nada que esperar de esta sociedad, acoger a quienes no encuentran sitio ni acogida en lugar alguno, defender a quienes no pueden defenderse ante los poderosos, hacer justicia a quienes son tratados injustamente, recordar a quienes son olvidados y marginados, ofrecer perdón y posibilidad de rehabilitación a los culpables... Allí donde se vive y se trabaja con este espíritu, está llegando el Reino de Dios.

Quien anhela el Reino no pierde la esperanza ni olvida la acción de gracias: *«Gracias, Señor Dios, soberano de todo, el que eres y el que eras, por haber asumido tu gran poder y haber empezado a reinar»* (Ap 11,17). Aunque no veamos realizado su Reino tal como deseamos, nosotros sabemos que Dios lo orienta todo hacia la salvación final. Dios es *«el que es, el que era y el que está a punto de llegar»* (Ap 1,4).

IV

HÁGASE TU VOLUNTAD EN LA TIERRA COMO EN EL CIELO

Este deseo solo se encuentra en el evangelio de Mateo. En realidad, no añade nada nuevo a los dos deseos anteriores, pero expresa algo que aún no había sido nombrado: la "*voluntad de Dios*". De hecho, el reinado de Dios solo se puede abrir camino si los hombres se muestran dóciles y obedientes a su voluntad de reinar entre ellos.

Hemos de entender bien este deseo. Algunos pueden entender la voluntad de Dios como un conjunto de leyes y normas que Dios impone y que el hombre ha de cumplir; entonces estaríamos pidiendo que el mundo no se alejara de la moral revelada por Dios. Otros pueden pensar, más bien, en un designio misterioso e insondable que no es fácil conocer, pero que hemos de aceptar con fe. Otras veces tal vez se quiere descifrar esa voluntad divina para saber si coincide con la propia. ¿Qué pedimos, en realidad, en el padrenuestro? ¿Qué es lo que realmente quiere Dios?

1. LA VOLUNTAD SALVÍFICA DE DIOS

La “*voluntad de Dios*” es aquello que Dios quiere que se cumpla y se haga realidad¹. Es cierto que en la tradición bíblica se habla con frecuencia de las exigencias de la Alianza y de los “caminos” que Dios quiere que el pueblo siga fielmente. Pero todo ello está orientado a la salvación querida por Dios para todos. Ese es el “*misterio de su voluntad*” (Ef 1,5) revelado plenamente en Jesucristo. Dios «*quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad*» (1 Tim 2,4).

En el evangelio de Juan se afirma una y otra vez que esa es la voluntad del Padre: «*Esta es la voluntad del que me ha enviado: que yo no pierda a ninguno de los que él me ha dado, sino que los resucite en el último día. La voluntad de mi Padre es que todos los que vean al Hijo y crean en él tengan vida eterna*» (Jn 6,39-40). Este es el único designio de Dios: «*Dios no envió a su Hijo al mundo para condenarlo, sino para salvarlo por medio de él*» (Jn 3,17).

¹ El sustantivo *thélema* no designa el acto de querer (*thélesis*), sino el objeto del querer, aquello que se quiere.

Con esta petición, «*hágase tu voluntad*», repetimos y reforzamos la anterior: «*Venga a nosotros tu reino*». Este es nuestro gran deseo, repetido una y otra vez: que el Reino de Dios vaya creciendo y llegue cuanto antes a su plenitud. Que el proyecto salvador de Dios se haga realidad. Que nadie se pierda, y menos los pequeños, pues «*no es voluntad de vuestro Padre del cielo que se pierda uno de estos pequeños*» (Mt 18,14).

2. QUE EL PADRE HAGA REALIDAD SUS PLANES DE SALVACIÓN

Hemos de tomar clara conciencia de lo que pedimos. No invocamos a Dios para que cambie y cumpla nuestros deseos; si oramos es, precisamente, para cambiar nosotros escuchando los deseos de Dios. No le pedimos a Dios que cambie su voluntad para hacer la nuestra; pedimos que “*se haga su voluntad*”, que es, en definitiva, nuestro verdadero bien.

Esto significa reconocer que lo decisivo no es nuestra voluntad. El conocimiento de la existencia y los proyectos que tenemos los hombres son limitados, a veces incluso equivocados. Lo importante es su voluntad de salvación. La fe en Dios Padre despierta en nosotros «una entrega humilde a un designio más trascendente, que nos envuelve a cada uno y a toda la creación»². Esto se traduce en aceptar los caminos,

² L. BOFF, *o. c.*, p. 93.

a veces misteriosos, de Dios, renunciando a nuestra propia voluntad y deseos. Estar dispuestos a asumir acontecimientos y experiencias que no entenderemos o que no coincidirán con nuestras expectativas.

Sin embargo, hacer la voluntad de Dios no significa anular nuestra voluntad o disminuirla, sino orientarla hacia nuestro verdadero bien. No hemos de olvidar que, al amarnos, Dios no busca su propio interés, sino únicamente nuestro bien y nuestra dicha. A Dios lo único que le interesa somos nosotros. Nos crea solo por amor y buscando nuestro bien. Su gloria consiste en que el ser humano viva y alcance su plenitud³.

Por eso, cuando decimos «*hágase tu voluntad*» no estamos renunciando a nuestros intereses y a nuestro propio bien. Estamos pidiendo nuestra salvación, la de todos.

3. EN LA TIERRA COMO EN EL CIELO

Cuando en el lenguaje bíblico se habla de “*cielo y tierra*”, se quiere indicar la totalidad de cuanto existe, la creación entera⁴. Pedimos, por tanto, a Dios que se haga su voluntad en todo lugar y siempre, que

³ Cfr. J. A. PAGOLA, *Dios amigo*, Idatz, San Sebastián, 1997, pp. 12-16.

⁴ Por eso se dice que el Señor «*hizo el cielo y la tierra*» (Sal 54,3) o que es «*Señor del cielo y de la tierra*» (Mt 11,25).

nada quede excluido, que nadie se cierre a sus designios, que su voluntad de salvación lo abarque todo.

Pero, como hemos visto en la invocación inicial, el “*cielo*” es el lugar propio de Dios, mientras que la “*tierra*” es el espacio de los seres humanos. Según esta perspectiva, pedimos que se haga realidad entre los hombres lo que ya se da en Dios. La decisión está tomada ya en el “*cielo*” (Dios), pero tiene que ejecutarse en la “*tierra*” (entre los hombres). Esto es lo que expresamos: realícese en la tierra el designio que tú has decidido en el cielo; hágase entre nosotros lo que tienes decidido en tu corazón, Padre, *Abbá*⁵. Es conocido el comentario de Orígenes: «Si se hiciera la voluntad de Dios en la tierra como se hace en el cielo, la tierra ya no sería tierra..., entonces seríamos cielo»⁶.

4. EN OBEDIENCIA FIEL AL PADRE

No es posible decir de corazón «*hágase tu voluntad*» sin adoptar una postura de obediencia al Padre en la vida diaria. «*No basta decirme: “Señor, Señor”, para entrar en el reino de Dios; no, hay que poner por obra la*

⁵ Véase esta interpretación en J. MATEOS / F. CAMACHO, *El evangelio de Mateo. Lectura comentada*, Cristiandad, Madrid, 1981, p. 68.

⁶ *De oratione*, PG 11, pp. 489-549; traducido por A. HAMMAN, *La prière*, Tour-nai, 1959, p. 68.

voluntad de mi Padre del cielo» (Mt 7,21). El modelo es el mismo Jesús.

El objetivo de su vida es precisamente hacer la voluntad del Padre: *«He bajado del cielo, no para hacer mi voluntad, sino la voluntad del que me ha enviado»* (Jn 6,38). Es lo único que Jesús persigue día a día: *«No busco mi voluntad, sino la voluntad del que me ha enviado»* (Jn 5,30). Esta voluntad del Padre no es un peso que tenga que soportar por obligación, una ley que pesa sobre él, sino lo que alimenta su vida y alienta su ser: *«Mi alimento es hacer la voluntad del que me ha enviado y llevar a cabo su obra»* (Jn 4,34). Esta fidelidad al Padre lo mantiene siempre en comunión con él: *«El que me ha enviado está conmigo, no me ha dejado solo, porque yo hago siempre lo que le agrada a él»*. Esta obediencia no siempre es fácil. Jesús experimentó en su propia carne lo duro que es a veces mantenerse fiel a la voluntad del Padre. *«Aun siendo Hijo, sufriendo aprendió a obedecer»* (Heb 5,8). Pero en medio del sufrimiento mantuvo firme su actitud de obediencia: *«Padre mío, si esto no puede pasar sin que yo lo beba, hágase tu voluntad»* (Mt 26,42).

Jesús es el camino a seguir. Hacer la voluntad del Padre nos introduce en una relación nueva y especial con él: *«El que cumple la voluntad de mi Padre del cielo, ese es mi hermano, y mi hermana, y mi madre»* (Mt 12,50). Vivir la voluntad del Padre exige discernir los caminos de Dios y preguntarnos cuál es aquí y ahora, en concreto, su voluntad. Como dice san

Pablo, «*distinguir cuál es la voluntad de Dios: lo bueno, lo agradable, lo perfecto*» (Rom 12,2). Se trata de «*llegar al pleno conocimiento de su voluntad con toda la inteligencia y el saber que procura el Espíritu*» (Col 1,9).

Todo esto no puede ser fruto de nuestro esfuerzo. Es Dios quien lo puede realizar en nosotros. «*Dios es quien obra en nosotros el querer y el actuar*» (Flp 2,13). Él está en el origen de todo. Únicamente con nuestras fuerzas no podemos nada. Es él quien «*realiza en nosotros lo que es agradable a sus ojos*» (Heb 13,21). Por eso le pedimos que sea él quien cumpla su voluntad en nosotros. Y lo hacemos con el mismo espíritu de María: «*Hágase en mí según tu Palabra*» (Lc 1,38).

V

DANOS HOY NUESTRO PAN DE CADA DÍA

Con esta petición comienza la segunda parte del Padrenuestro. Hasta ahora la atención estaba centrada en Dios: “*Tu* nombre”, “*tu* reino”, “*tu* voluntad”. Ahora la atención se dirige hacia nosotros mismos: «*Nuestro* pan», «*nuestras* deudas», «no *nos* dejes caer en la tentación», «*líbranos* del mal». Los grandes deseos expresados hasta ahora ante Dios no excluyen, sino despiertan, estas peticiones que responden a las necesidades más básicas del ser humano.

A primera vista, la primera petición parece la más sencilla. Sin embargo, ofrece diversas dificultades de interpretación y encierra una densidad de contenidos que es necesario captar para orar al Padre desde el espíritu de Jesús.

1. EL PAN

Pedir pan es gesto propio de pobres que no tienen lo que necesitan para vivir. En la lengua materna de Jesús, el pan significaba “*alimento*” en general, pues era el alimento básico y esencial de los israelitas. La vida depende del pan. El ser humano no puede subsistir sin alimentarse. «El hombre o la mujer son mucho más que el cuerpo, pero no existen sin el cuerpo; la vida humana es mucho más que el pan, pero no se puede hacer nada sin el pan»¹.

Pedimos, pues, al Padre lo necesario para vivir, el alimento indispensable del que depende nuestra vida. No nos bastamos a nosotros mismos. Necesitamos constantemente de alimento. Reconocemos así nuestra dependencia radical de Dios, incluso para nuestro sustento material. La vida y cuanto la alimenta proviene, en último término, de Dios. En él ponemos nuestra confianza: «*Si a alguno de vosotros le pide su hijo pan, ¿le va a dar una piedra? [...] cuánto más*

¹ A. BORRELL, *o. c.*, p. 59.

vuestro Padre del cielo dará cosas buenas a los que le piden» (Mt 7,9-11). Cuando pedimos pan a nuestro Padre Dios, le estamos pidiendo algo bueno y necesario, lo que necesitamos para vivir.

2. EL PAN NUESTRO

Pedimos el pan “*nuestro*”, de todos, no el pan mío. No es solo mi necesidad particular y exclusiva la que me mueve a dirigirme a Dios, sino las necesidades de todos mis hermanos, los hombres y mujeres de la tierra. Está muy lejos del espíritu de Jesús pedir al Dios *Abbá*, Padre querido de todos, pan para mí, olvidándome o desentendiéndome de los demás. Nuestra oración es siempre en plural. Pedimos a Dios el pan que cada ser humano necesita para vivir.

Esta petición de pan para todos nos está urgiendo a la conversión. No me puedo preocupar solo de mi pan. No tengo derecho a pensar solo en mi satisfacción y bienestar material, olvidando a esos millones de seres hambrientos y desnutridos que no tienen ni siquiera lo necesario para vivir. El pan que comemos explotando a los pobres u olvidando a los hambrientos no es un pan bendecido por Dios. No tiene la dignidad propia de quienes se sienten hermanos. Mientras no lo compartamos con el hambriento, no es un pan de Dios, nuestro Padre. Mientras haya alguien que siga pasando hambre y no tenga nada

para comer, el pan que yo me guardo o acumulo es un pan injusto.

Por tanto, al hacer esta petición no podemos ignorar la llamada de los profetas: *«Parte tu pan con el hambriento, hospeda a los pobres sin techo, viste al que va desnudo, y no te cierres a tu propia carne»* (Is 58,7). Tampoco la parábola de Jesús: *«Tuve hambre y me disteis de comer, tuve sed y me disteis de beber»* (Mt 25,35).

3. EL PAN DE CADA DÍA

Le pedimos a Dios el pan para el día de hoy (Mateo), el pan de cada día (Lucas), el pan indispensable que necesitamos para subsistir hoy, en el momento presente². Lo pedimos, por tanto, solo para hoy, no para mañana. Sabiendo que cada día lo necesitamos, pero sin la preocupación por acumular bienes para el futuro. Esa es la advertencia de Jesús: *«No andéis agobiados pensando qué vais a comer, o qué vais a beber, o con qué os vais a vestir [...] No os agobiéis por el mañana, porque el mañana traerá su propio agobio»* (Mt 6,31-34). Es la oración que hacía ya el sabio del libro de los Proverbios: *«No me des riqueza ni pobreza, concédeme mi ración de pan»* (Prov 30,8).

² Mateo emplea la partícula griega *sémeron*, que significa 'hoy'. Lucas, por su parte, utiliza la expresión *kath' emeran*, que significa 'día a día' o 'cada día'.

No pedimos a Dios riquezas ni bienestar, sino lo necesario para alimentarnos día a día, cubriendo nuestras necesidades fundamentales. Esta petición, bien entendida, encierra mucho más que una demanda de la ración de pan para cada jornada. Implica todo un estilo de vivir de manera sobria y confiando plenamente en el Padre. Es la actitud de quienes han descubierto el Reino de Dios como su único absoluto y no saben vivir para enriquecerse.

Esta petición contiene tal densidad evangélica que solo la pueden pronunciar de corazón los que viven sirviendo a Dios y no al Dinero (Lc 16,13), los que *“buscan el reino de Dios y su justicia”* sabiendo que todo lo demás *«se dará por añadidura»* (Mt 6,33), los que *«lo venden todo»* al descubrir el valor del Reino de Dios (Mt 13,44-45), los que *«no llevan bolsa ni alforja»* (Lc 10,4) mientras caminan anunciando el Reino. Los que viven esta forma de vida entienden la petición del pan de cada día.

4. NO SOLO DE PAN VIVE EL HOMBRE

Al pedir a Dios pan, estamos reconociendo nuestra completa dependencia de él, no solo en el nivel del sustento material. Necesitamos también el pan de la Palabra de Dios para alimentar nuestro espíritu, pues *«no solo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios»* (Mt 4,4). Al pedir el pan de

cada día, pedimos también el Evangelio, la Palabra de Dios que alimente nuestro vivir diario.

Pero, para el cristiano, el verdadero pan es el mismo Cristo. *«Yo soy el pan de vida. El que viene a mí no pasará hambre, y el que cree en mí no pasará nunca sed»* (Jn 6,35). Solo Cristo puede saciar el hambre del corazón humano. Nuestra petición puede ser más concreta todavía, pues Cristo nos alimenta, sobre todo, desde el pan eucarístico: *«Yo soy el pan vivo, bajado del cielo. Si uno come de este pan, vivirá para siempre; y el pan que yo le voy a dar es mi carne por la vida del mundo»* (Jn 6,51).

La petición de pan adquiere así una riqueza extraordinaria. Los diversos sentidos de esta petición pueden resonar simultáneamente y ser captados y vividos por quien pide al Padre el pan de cada día. Pedimos el sustento material y el alimento espiritual, todo lo que necesitamos para vivir como seres humanos.

5. EL PAN DE LA VIDA ETERNA

El término griego *epiousios*, que por lo general se entiende como el pan cotidiano, el pan para el día que “está existiendo”, también puede ser traducido como el pan “*de mañana*”. Entonces pediríamos a Dios el pan del futuro, el del banquete final, el pan de la vida eterna.

No es fácil saber el sentido exacto de esta expresión ³. Ciertamente, Jesús pudo referirse al pan de la vida eterna. En diversas parábolas compara el Reino definitivo de Dios con un banquete (Mt 22,1-14; Lc 14,16-24). Declara dichosos a quienes ahora pasan hambre, porque un día serán saciados (Lc 6,21). Anuncia que de todas partes vendrán a «*sentarse a la mesa*» con Abrahán, Isaac y Jacob en el Reino de Dios (Mt 8,11). A los discípulos que perseveran con él en las pruebas les promete que «*comerán y beberán a su mesa en el Reino*» (Lc 22,30). Por eso, un día uno de los comensales que estaba comiendo con Jesús exclamó: «*Dichoso el que pueda comer en el Reino*» (Lc 14,15).

En nuestra petición también puede y debe entrar este anhelo del Reino definitivo. Desde ahora deseamos el pan del Reino, el pan de la fiesta final. “Dá-noslo ya”, “que llegue ya el Reino de Dios definitivamente”. Queremos conocer ya el pan de la vida eterna.

6. REGALO DE DIOS Y TRABAJO DEL HOMBRE

La vida y cuanto la alimenta es regalo de Dios, pero también fruto del trabajo humano. El pan no cae

³ En realidad, es un término que no aparece en ningún otro lugar de la literatura griega, se presta a más de una etimología y son posibles diversas interpretaciones.

milagrosamente del cielo. Dios está en el origen de la vida, de él provienen la fuerza y la energía que lo mueve todo, pero es necesario el trabajo del hombre. La vida es regalo de Dios, nosotros no podemos crearla de la nada, pero somos nosotros quienes estamos llamados a trabajarla, transformarla y mejorarla.

Por eso, el pan, símbolo de la vida y de cuanto la alimenta, es una realidad sagrada que, en muchos pueblos y culturas, es tratado con respeto y veneración⁴. El pan no se tira ni se trata de cualquier manera, pues está asociado al misterio de la vida. El pan es signo del amor de Dios que alimenta las vidas de sus hijos e hijas, pero también símbolo del trabajo de hombres y mujeres que, solo con esfuerzo y sudor, lo arrancan de la tierra.

⁴ Yo recuerdo cómo mi madre trazaba sobre el pan una cruz antes de partirlo y cómo nos hacía recogerlo y besarlo con respeto si alguna vez caía al suelo.

VI

PERDONA NUESTRAS OFENSAS, COMO TAMBIÉN NOSOTROS PERDONAMOS A LOS QUE NOS OFENDEN

Esta petición del perdón aparece literalmente en los evangelios de otra manera. En Mateo se emplea la terminología de la deuda: «*Perdónanos nuestras deudas como también nosotros hemos perdonado a nuestros deudores*» (Mt 6,12). Lucas, por su parte, cambia la palabra “*deudas*” por “*pecados*”, para facilitar la comprensión de sus lectores griegos: «*Perdónanos nuestros pecados porque también nosotros perdonamos a todo el que nos debe*» (Lc 11,4). Si queremos entender bien nuestra petición, hemos de ahondar en nuestras “*deudas*” con Dios.

Por otra parte, el perdón que pedimos a Dios Padre se pone en estrecha relación con el perdón que nosotros concedemos a los hermanos. ¿Cómo hemos de entender esta relación? ¿Es nuestro perdón a los demás *la condición* necesaria e indispensable para que Dios, a su vez, nos perdone a nosotros? ¿O es, precisamente, *fruto* de ese perdón de Dios, que nos capacita y nos lleva a perdonar a los demás?

1. NUESTRA DEUDA CON DIOS

En la tradición bíblica se habla del pecado de formas muy diversas. El pecado es rebelión contra Dios, alejamiento de sus caminos, desobediencia a sus mandatos, infidelidad a su Alianza, rechazo de su amor, separación de su voluntad, transgresión de sus preceptos... En el Padrenuestro se considera el pecado como una “*deuda*”, un vacío, una falta de respuesta al don inmenso de Dios.

Estamos en deuda con Dios. El gran pecado de la humanidad entera es la falta de respuesta a su amor de Padre. Los cristianos todavía no hemos asimilado que, para Jesús, el verdadero pecado es la omisión. El siervo de la parábola de los talentos es condenado, no por haber hecho algo malo, sino por no haber hecho fructificar lo recibido (Mt 25,14-30). Lo mismo sucede con la «*higuera estéril*» (Lc 13,6-9) o con el sarmiento que «*no da fruto*» (Jn 15,2). En el último día, los hombres serán juzgados, no por el mal que hayan cometido, sino por lo que “*han dejado de hacer*” con el hambriento, el sediento, el forastero, el desnudo, el enfermo o el encarcelado: «*En verdad os digo*

que cuanto dejasteis de hacer con uno de estos más pequeños, también conmigo dejasteis de hacerlo» (Mt 25,45).

Este es nuestro pecado. Dejar de hacer, no corresponder, «*recibir en vano la gracia de Dios*» (2 Cor 6,1). Este pecado no es transgresión de una ley, es una ofensa personal a un Padre del que lo recibimos todo, un Padre que espera ser amado «*con todo el corazón, con toda el alma, con todas las fuerzas*» (Dt 6,5; Mc 12,30 y par.), un Padre que solo busca y quiere que nos amemos como verdaderos hermanos.

Nuestra petición de perdón solo es posible si reconocemos nuestro pecado y nuestra deuda: «*Si afirmamos no tener pecado, nosotros mismos nos extraviaremos y, además, no llevamos dentro la verdad*» (1 Jn 1,8). Quien se considera justo y sin pecado porque no hace mal a nadie, no siente necesidad de perdón ni conoce su verdadera realidad. Vive en la falsa ilusión del fariseo de la parábola, que se cree santo ante Dios. Solo el que reconoce su pecado grita como el publicano: «*Dios mío, ten compasión de mí, que soy pecador*» (Lc 18,13).

No hemos de olvidar que seguimos orando en plural. Pedimos a Dios perdón por los pecados de toda la humanidad. Todos necesitamos perdón. Cada uno pide perdón para sí mismo y para los demás. Todos compartimos la inmensa deuda con Dios. Quien reza el Padrenuestro se ve a sí mismo inmerso en una humanidad que está en deuda con Dios. Así decía

Oseas contemplando su país: *«Ya no hay fidelidad, ni amor, ni conocimiento de Dios en esta tierra»* (Os 4,1). ¿Dónde podemos poner nuestra salvación? Solo en la misericordia y el perdón de Dios.

2. PERDÓNANOS

Desde esa profunda convicción nace nuestra súplica: *“Perdónanos”*. Dios *Abbá*, nuestro Padre querido, es un Dios de perdón. Esa es la experiencia de los creyentes a lo largo de toda la tradición bíblica: *«Tú eres el Dios del perdón»* (Neh 9,17). *«Junto a ti se encuentra el perdón»* (Sal 130,4). El Dios experimentado en Israel invita a la confianza: *«Es compasivo y clemente, paciente y misericordioso; no está siempre acusando ni guarda rencor perpetuo...; como se levanta el cielo sobre la tierra, se levanta su bondad sobre sus fieles; como dista el oriente del ocaso, así aleja de nosotros nuestros delitos; como un padre siente cariño por sus hijos, siente el Señor cariño por sus fieles; porque él conoce nuestra masa, se acuerda de que somos barro»* (Sal 103,8-13).

Jesús se presenta como el Enviado por Dios para proclamar y hacer realidad el perdón infinito e insondable del Padre. Su mismo nombre “Jesús” indica que *«él salvará a su pueblo de los pecados»* (Mt 1,21). *«Él ha venido, no a llamar a los justos, sino a los pecadores»* (Mc 2,17). Él es *«el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo»* (Jn 1,29). Y su sangre *«es derramada para el perdón de los pecados de todos»* (Mt 26,28).

para merecer el perdón de Dios. El perdón del Padre es absolutamente gratuito, sin merecimiento alguno por nuestra parte: «*Dios, rico en misericordia, por el gran amor con que nos amó, cuando estábamos muertos por las culpas nos dio vida juntamente con Cristo —por gracia habéis sido salvados— y con él nos resucitó*» (Ef 2,4-6). Por otra parte, nosotros, con nuestro perdón al hermano, no podemos ser el modelo para que Dios a su vez nos perdone a nosotros. Al contrario, es su perdón el que suscita en nosotros la capacidad de perdonar y de reproducir hacia los hermanos la misma actitud que el Padre tiene con nosotros. Así se entienden las exhortaciones entre los primeros cristianos: «*Sed bondadosos y compasivos los unos con los otros y perdonaos mutuamente como Dios os perdonó en Cristo*» (Ef 4,32). «*Del mismo modo que el Señor os perdonó, perdonaos también vosotros*» (Col 3,13).

4. EL SENTIDO DE NUESTRA PETICIÓN DE PERDÓN

Para entender bien nuestra petición de perdón, hemos de tener en cuenta varios aspectos.

Es clarificador tener ante nosotros la enseñanza de la *parábola del siervo sin entrañas* (Mt 18,23-35). Aquel siervo es perdonado por su señor, sin merecimiento alguno, de una suma incalculable (diez mil talentos). Pero, mientras está pidiendo perdón para sí, su corazón no se abre a la compasión y, de hecho, cuando

se encuentra con un compañero que le debe una cantidad mínima (cien denarios), no lo perdona. Así declara el señor: *«Siervo malvado, yo te perdoné toda aquella deuda porque me lo suplicaste, ¿no debías haber tenido compasión de tu compañero, como la tuve yo de ti?»* (Mt 18,32-33). El perdón queda entonces anulado. La parábola concluye de forma clara: *«Lo mismo hará con vosotros mi Padre del cielo, si no perdonáis de corazón cada uno a su hermano»* (Mt 18,35).

El que reza el Padrenuestro lo hace consciente de que Dios le ha ofrecido ya en Cristo gratuitamente su perdón total. Ahora bien, el perdón de Dios y la eliminación del pecado en nosotros es un acontecimiento que solo se puede producir por puro amor. No es posible acoger el perdón de Dios si no es abriéndonos a ese amor perdonador y creando en nosotros la misma actitud. Quien acepta el perdón de Dios, se transforma y vive perdonando. Por el contrario, quien guarda rencor y sigue pidiendo cuentas a los demás, es que no se ha transformado y no ha acogido el perdón de Dios.

Nuestra oración no puede ser hipócrita. No podemos ser inhumanos y resistirnos a perdonar precisamente cuando estamos invocando para nosotros la misericordia de Dios. No podemos adoptar dos posturas diferentes: una ante Dios Padre, para pedirle perdón y misericordia para mí, y otra ante el hermano, para rechazar todo perdón. Si no perdonamos es señal de que nuestro corazón permanece cerrado al amor y,

en esa misma medida, cerrado a recibir el perdón de Dios.

En realidad, nuestro perdón no precede al perdón de Dios, sino a *nuestra petición* de perdón. Nuestro perdón no es una condición para que Dios nos perdone, sino para que nuestra petición sea sincera. Si podemos decir «*como nosotros perdonamos...*» es porque hemos recibido ya el perdón de Dios. Porque hemos sido perdonados por el Padre podemos perdonar a los hermanos, y porque podemos perdonar a los hermanos nos está permitido implorar a Dios sinceramente su perdón definitivo.

Pronunciar sinceramente esta petición del padre-nuestro exige vivir en una actitud práctica de perdón, renunciando a toda venganza, perdonando incansablemente «*hasta setenta veces siete*» (Mt 18,22), amando incluso a los enemigos y rogando por los que nos persiguen para «*poder ser hijos de nuestro Padre del cielo, que hace salir su sol sobre malos y buenos, y hace llover sobre justos e injustos*» (Mt 5,45).

VII

NO NOS DEJES CAER EN LA TENTACIÓN

Llegamos a la única petición que tiene una formulación negativa. Conscientes de nuestra debilidad, pedimos al Padre ayuda y fuerza para no caer en el pecado. Pero hemos de entender bien la petición. No le suplicamos que nos libere de las tentaciones diarias, sino que no nos deje caer en la tentación radical y definitiva de rechazar el Reino de Dios y abandonar la fe en Jesucristo¹.

¹ Mientras las oraciones judías acababan casi siempre con una alabanza a Dios, el Padrenuestro termina con un grito de socorro al Padre que queda resonando en nuestras vidas.

1. NUESTRA DEBILIDAD

El ser humano es libre y, aun condicionado por no pocos factores, puede decidir la orientación de su vida. Pero, al mismo tiempo, es un ser radicalmente débil, amenazado desde dentro y desde fuera, expuesto a toda clase de peligros y riesgos que pueden arruinar su proyecto de vida.

De hecho, en toda persona conviven dos tendencias profundamente contradictorias. Por una parte, la tendencia a hacer el bien, a buscar lo justo, a amar, a vivir en comunión, de manera fraterna. Por otra, la tendencia a dejarse arrastrar por el mal, a vivir encerrado en el egoísmo y la insolidaridad, a actuar de manera injusta y violenta. Por eso, san Pablo habla de las obras que hacemos movidos por la “carne” y las actuaciones que brotan del “*espíritu*” (Gál 5,19-22).

El “*misterio del mal*” nos amenaza siempre. En cualquier momento podemos caer en el egoísmo y la infidelidad. San Pablo habla de una experiencia personal que cada uno podemos experimentar en nosotros mismos: «*Quiero hacer lo bueno, pero me encuentro fatalmente con lo malo. En lo íntimo, ciertamente, me*

gusta la Ley de Dios, pero en mi cuerpo percibo unos criterios diferentes que guerrearán contra los criterios de mi razón y me hacen prisionero de esa ley del pecado que está en mi cuerpo» (Rom 7,21-23). Desde esta estructura débil y siempre amenazada brota nuestra petición de ayuda.

2. LA TENTACIÓN

La palabra griega que se encuentra en el original (*peirasmós*) puede significar “prueba”, es decir, una experiencia que, incluso siendo dura y difícil, puede ayudar a crecer en el bien. En la tradición bíblica se habla con frecuencia de estas pruebas. Dios mismo le hace al pueblo caminar por el desierto durante cuarenta años *«para probarlo y conocer lo que hay en su corazón»* (Dt 8,2). Los creyentes de Israel consideran este tipo de pruebas como algo positivo. Judit afirma: *«Debemos dar gracias al Señor, nuestro Dios, que ha querido probarnos como a nuestros padres»* (Jud 8,25). Y un orante llega a dirigirse a Dios en estos términos: *«Sondéame, Señor, y ponme a prueba, examina mi corazón y mis entrañas»* (Sal 26,2).

Pero el término original puede significar también “tentación”, es decir, una incitación al mal. Entendida así, se trata de una situación o de una experiencia encaminada a hacer caer en el pecado. Sin duda, en la petición del Padrenuestro se está pensando en esta tentación de índole maligna.

Pero no se trata de las pequeñas tentaciones de cada día, sino de la tentación de rechazar a Dios, de cerrarnos a su amor, a su Reino y su justicia, para sustituirlo por nuestro propio egoísmo². Jesús habla mucho de “la tentación final”, cuando llega la hora de Satán o del poder de las tinieblas, cuando puede entrar la duda total y la tentación del abandono. Su exhortación es clara: «*Velad y orad en todo tiempo, para que os libréis de todo lo que ha de venir y podáis presentaros sin temor ante el Hijo del Hombre*» (Lc 21,36).

Esta tentación final, de carácter escatológico, se concentra, por así decir, y se hace realidad para cada individuo en su propia vida concreta. El mismo Jesús la ha vivido en el momento de su pasión, al experimentar el rechazo del pueblo, la infidelidad de los discípulos e incluso el abandono de Dios.

3. NO NOS DEJES CAER

En el texto original se pide a Dios literalmente que «no nos haga entrar en la tentación», como si fuera Dios mismo quien nos induce al mal. Pero una tentación como la que hemos descrito no puede ser provocada por Dios: «*Cuando uno se vea tentado, no diga que Dios lo tienta, porque Dios ni es tentado por el mal*

² El texto no habla de “tentaciones”, en plural, sino de “tentación”, en singular.

ni tienta a nadie. A cada uno le viene la tentación cuando su propio deseo lo arrastra y lo seduce» (Sant 1,13-14). Al contrario, Dios es el que, en medio de las pruebas, da fuerzas para que las superemos: *«Podéis confiar en que Dios no permitirá que seáis puestos a prueba por encima de vuestras fuerzas; al contrario, junto a la prueba, os proporcionará fuerzas suficientes para superarla»* (1 Cor 10, 13).

Esto es precisamente lo que pedimos a Dios. Aunque la formulación original puede resultar equívoca, el sentido es claro³. Pedimos a Dios que *«no nos deje ceder a la tentación»*. No suplicamos no ser tentados, sino no sucumbir, no caer en la trampa que se nos tiende en la tentación. Que la tentación se resuelva con éxito por nuestra parte. Que, cuando llegue la tentación, Dios nos dé fuerzas e impida que caigamos derrotados. Es la misma idea que aparece en la oración de Jesús: *«No te pido que los saques del mundo, sino que los protejas del Maligno»* (Jn 17,15).

De esta manera, rezando el Padrenuestro seguimos la invitación de Jesús: *«Velad y orad para que no caigáis en tentación, que el espíritu está pronto, pero la carne es débil»* (Mc 14,38). Somos conscientes de la fuerza del mal, que amenaza siempre nuestra fe pe-

³ El arameo no distingue entre las formas “hacer” y “dejar hacer”. Aquí el sentido es: *«Haz que no entremos o caigamos en tentación»*, o, de modo más castellano, *«no nos dejes caer o ceder a la tentación»*. Cfr. J. MATEOS / F. CAMACHO, o. c., p. 69.

queña y frágil, pero acudimos confiados a Dios para pedir su protección bondadosa. Aun en medio de la tentación y del mal podemos contar con Dios, nuestro Padre querido, y con su fuerza poderosa frente al mal.

4. VIGILAR Y ORAR

La actitud del creyente ante la tentación ha de ser doble, según Jesús: *“Velar y orar”*. Esto significa, antes de nada, tomar conciencia de nuestra propia debilidad. No caer en el orgullo o la autosuficiencia, ni tampoco en la inconsciencia. Saber que necesitamos vigilar y orar, es decir, mantener activa nuestra libertad personal y confiar en la gracia de Dios, nuestro Padre.

Vigilar significa ser lúcidos, mantenerse despiertos, vivir atentos. Jesús llama a *“velar constantemente”*. Dios no sustituye nuestra responsabilidad. Hemos de vivir sin relajarnos nunca ante el mal, combatiendo con todas nuestras fuerzas, reafirmandonos una y otra vez en la fe. *«El que perseverare hasta el fin, ese se salvará»* (Mc 13,13).

Pero esta actitud vigilante ha de ir acompañada por la oración. Nuestra debilidad es grande. Solo con la fuerza de Dios en nosotros podemos vencer. De esta confianza brota nuestra oración. El mal no tiene la

1. EL MAL

El término original se puede entender de forma personalizada: «*Líbranos del Malo*», o de forma impersonal: «*Líbranos del mal*»². ¿Cuál es el significado preciso?

En los evangelios se habla con frecuencia del “*Maligno*”, que lucha contra el reinado de Dios. Se le llama “*el tentador*” (Mt 4,3), “*el enemigo*” (Mt 13,39), “*homicida y mentiroso*” (Jn 8,44), “*jefe del mundo*” (Jn 12,31). Es él quien “*arrebata*” la Palabra de Dios sembrada en el corazón de las personas (Mt 13,19), el que “*siembra cizaña*” entre el trigo del Reino (Mt 13,25). Esta presencia del Maligno es misteriosa y ambigua. Por una parte, su poder está vencido; Jesús lo ve «*caer del cielo como un rayo*» (Lc 10,18). Por otra, está entre nosotros, «*aunque le queda poco tiempo*» (Ap 12,12).

² El genitivo griego *tou ponerou* puede corresponder a un nominativo masculino, *ho ponerós* (el Maligno), o también a un nominativo neutro, *ho ponerón* (lo malo, el mal).

Hay muchos indicios para pensar que, en el Padre-nuestro, originalmente se pide a Dios que nos libere de la fuerza y del poder hostil de este Maligno³. Pero también se puede entender de forma impersonal, como lo hace la versión popular y litúrgica actual: «Líbranos del mal, del pecado, de lo que se opone al Reino de Dios». Por otra parte, no es fácil decidir si el Maligno lo hemos de entender hoy como un personaje concreto o como la personificación o encarnación de las fuerzas del mal⁴.

2. ARRÁNCANOS DEL MAL

En cualquier caso, no es difícil entender nuestra petición. Sabemos que la creación es buena; así nació de manos del Padre (Gn 1,31). Pero constatamos con dolor la presencia oscura del mal: el pecado, la injusticia, el hambre, las desgracias, la enfermedad, la muerte... El mal causado libremente por los hombres, el mal que tiene su origen en la finitud del mundo, el mal misterioso y difuso que impregna el mundo y la historia. ¿Por qué este mal? ¿De dónde proviene? ¿Qué sentido puede tener? Esta es la gran pregunta que el ser humano no sabe responder.

³ Así lo han entendido unánimemente los Padres griegos, que conocen mejor los matices de su lengua materna.

⁴ Cfr. sobre esta temática H. HAAG, *El diablo. Su existencia como problema*, Herder, Barcelona, 1978; R. SCHWAGER, «¿Quién o qué es el diablo?»: *Selecciones de Teología*, n.º 130, (1994) pp. 136-140.

En el Padrenuestro no nos dedicamos a especular. Lo primero que nace en nosotros es un grito confiado al Padre: «*Libranos del mal*».

Lo hacemos sabiendo que somos *responsables* del pecado que hay en el mundo, pero también *víctimas*. El pecado y la maldad no están solo en el corazón de las personas. El pecado está ya encarnado en las estructuras y en la misma dinámica de la historia humana. El mal se perpetúa en las instituciones, en los sistemas injustos, en las culturas y en las costumbres inmorales. Podemos hablar de un pecado que nos desborda a cada uno, pero que está actuando contra el Reino de Dios y contra el hombre. San Juan lo llama «*el pecado del mundo*» (Jn 1,29)⁵.

Al pedir a Dios que nos *libre* del mal, no le pedimos propiamente que nos libere del cautiverio o la esclavitud del mal. Según el significado más preciso del término griego, pedimos que nos *arranque* del mal que nos acecha, que nos salve a tiempo del peligro, que no nos abandone al poder de ese mal que parece invadir la historia y penetrarlo todo.

El mal está ahí con todo su poder. Pero la actitud del creyente no es de miedo, sino de confianza grande en el Padre. Sabemos que él ha actuado ya: «*Nos arrancó del dominio de las tinieblas, para trasladarnos al*

⁵ P. SCHOONENBERG, «El pecado del mundo», en *Mysterium salutis* II, Cristianidad, Madrid, 1977, pp. 684-694.

reino de su Hijo querido, por quien obtenemos la redención, el perdón de los pecados» (Col 1,13). Ya hemos sido salvados: «Jesús, el Cristo, se entregó por nuestros pecados para librarnos de este mundo perverso, conforme al designio de Dios, nuestro Padre» (Gál 1,4). Pero, aunque no tiene la última palabra, el mal sigue actuando. La creación está todavía «*aguardando la plena manifestación de los hijos de Dios*», vivimos con la esperanza de que un día «*se verá liberada de la esclavitud de la corrupción, para entrar en la libertad gloriosa de los hijos de Dios*» (Rom 8,19-21). Mientras tanto, seguimos pidiendo al Padre su protección salvadora.

3. NUESTRA LUCHA CONTRA EL MAL

No pedimos la ayuda del Padre solo para nosotros exclusivamente, sino para toda la humanidad. Y lo hacemos de manera confiada y responsable.

Quien pide la liberación del mal ha de estar dispuesto a luchar contra él con todas sus fuerzas, siguiendo a Jesús, que no ofreció una doctrina teórica sobre el mal, sino que se entregó a hacer el bien y a liberar a las gentes del sufrimiento, de la injusticia y del pecado. Para san Pablo, solo hay una manera de luchar contra el mal, y es “*hacer el bien*”. Estas son sus exhortaciones: «*No te dejes vencer por el mal, vence al mal a fuerza de bien*» (Rom 12,21); «*mirad que nadie devuelva mal por mal; al contrario, procurad siem-*

pre haceros el bien unos a otros y a todos» (1 Tes 5,15); «no pongáis vuestros miembros al servicio del pecado como instrumentos de injusticia; ofreced a Dios como muertos retornados a la vida, y poned a su servicio vuestros miembros, como instrumentos de la justicia» (Rom 6,13).

El creyente lucha contra el mal con su confianza puesta en Dios Padre. Él es *«el que libra de todo mal»* (Sab 16,8). Es un *«Dios fiel que nos ha llamado a vivir en unión con su Hijo Jesucristo, nuestro Señor»* (cfr. 1 Cor 1,9). El que reza el Padrenuestro lo hace con esta convicción: *«Si Dios está a favor nuestro, ¿quién podrá estar en contra?»* (Rom 8,31).

La primera palabra del Padrenuestro es “Padre”; la última, el “mal”. El Padrenuestro es la oración confiada de un hijo que eleva su plegaria al Padre al verse amenazado por el mal. *«Padre, líbranos del mal»*. Este es el grito que queda resonando en nuestro corazón. Como dice H. Schürmann, el Padrenuestro tiende a convertirse en una oración que no tiene fin ⁶. El que pronuncia de corazón esta última petición puede comenzar de nuevo a expresar al Padre los grandes deseos del comienzo: *«Santificado sea tu nombre, venga tu reino...»*. Jesús concibió el Padrenuestro como una oración para ser pronunciada diariamente por sus discípulos, pues recoge y expresa el espíritu con el que ha de vivir su verdadero seguidor.

⁶ H. SCHÜRMANN habla del Padrenuestro como de «una oración circular, perpetua, cuyo final invita enseguida a comenzar de nuevo», *o. c.*, p. 105.

IX

AMÉN

Tradicionalmente se hace terminar el Padrenuestro con la palabra “*amén*”, que no aparece en el texto original de los evangelios¹. Esta palabra, utilizada en el culto de la sinagoga, viene de una raíz hebrea que sugiere la idea de verdad, seguridad, firmeza, confianza. Aunque nosotros la entendemos a veces como la simple expresión de un deseo: “Así sea”, en realidad significa algo así como “*ciertamente*”, “*verdademente*”, “*así es*”, “*así ha de ser*”.

Nuestro “*amén*” al final del Padrenuestro sirve para reforzar y reafirmar lo que ha salido de nuestros labios. Hemos pronunciado desde dentro la oración enseñada por Jesús. Ahora, al terminarla, decimos: «Sí. Así es. Así ha de ser. Así quiero orar siempre. Así quiero vivir. Con una confianza total en Dios, nuestro Padre, glorificando su nombre, acogiendo su Reino, haciendo su voluntad, recibiendo de él el pan, el perdón y la fuerza para vencer el mal. *Amén*, sí, *amén*».

¹ El Padrenuestro de la eucaristía es seguido también por un “embolismo” u oración que se añade para desarrollar algún aspecto. Así, la oración «*libranos, Señor...*» comenta y desarrolla la última petición: «*Libranos del mal*».

SALMOS PARA ORAR
EL PADRENUESTRO

I

PADRE NUESTRO QUE ESTÁS
EN EL CIELO

TENEMOS UN PADRE EN EL CIELO

A veces te sientes solo. Te parece que nadie te comprende ni te quiere de verdad. Sin embargo, no es así. Dios te acompaña de cerca. No te olvida ni por un instante. Dile con fe: *¿No te tengo a ti en el cielo?... Para mí lo bueno es estar junto a Dios, hacer del Señor mi refugio* (72). *Tú eres mi dueño, mi único bien* (15).

Ese Dios del cielo te quiere con corazón entrañable. *Como un padre siente ternura por sus hijos, así siente el Señor ternura por ti* (102). Dios es tu Padre. Siéntelo siempre así. Disfruta de su amor. Reza despacio: *Tu amor vale más que la vida* (62).

Pero Dios no es solo Padre tuyo. Es Padre de todos los hombres y mujeres. *Él nos hizo y somos suyos* (99). Háblale siempre en plural, como nos enseñó Jesús: *«Padre nuestro»*. *Él es bueno con todos, es cariñoso con todas sus criaturas* (144). Reaviva tu fe y dile lo que sientes: *Cuánto te amo, Señor* (17).



¿No te tengo a ti en el cielo?,
y contigo, ¿qué me importa la tierra?...
Para mí lo bueno es estar junto a Dios,
hacer del Señor mi refugio.

Salmo 72

Protégeme, oh Dios, que me refugio en ti.
Yo digo al Señor: Tú eres mi dueño, mi único bien;
nada hay comparable a ti.

Salmo 15

Tu amor vale más que la vida,
te alabarán mis labios;
te bendeciré mientras viva,
te invocaré alzando mis manos

Salmo 62

Como un padre siente ternura por sus hijos,
así siente el Señor ternura por sus fieles;
porque él conoce de qué estamos hechos,
se acuerda de que somos barro.

Salmo 102

Si mi padre y mi madre me abandonan,
el Señor me recogerá.

Salmo 26

Oh Dios, ¡qué inapreciable es tu amor!
En ti está la fuente de la vida.

Salmo 35

Aclamad al Señor, tierra entera...
Sabad que el Señor es Dios:
que él nos hizo y somos suyos.

Salmo 99

Qué bondad tan grande, Señor,
reservas para tus fieles,
y la concedes a los que a ti se acogen.

Salmo 30

Antes de que naciesen los montes,
o fuera engendrado el orbe de la tierra,
desde siempre y por siempre tú eres Dios.

Salmo 89

Cuánto te amo, Señor; tú eres mi fortaleza;
Señor, mi roca, mi alcázar, mi libertador,
Dios mío, peña mía, refugio mío,
mi fuerza salvadora...

Salmo 17

El Señor es bueno con todos,
es cariñoso con todas sus criaturas.

Salmo 144

Dios es mi auxilio,
el Señor me sostiene.

Salmo 53

Qué bueno es el Señor,
dichoso el que se acoge a él.

Salmo 33

Estoy como un niño
en el regazo de su madre.

Salmo 130

Tú sí que eres bueno.

Salmo 51

EN ÉL PONEMOS NUESTRA CONFIANZA

¿Le tienes miedo a Dios? ¿Dónde podrías estar más seguro? ¿Quién puede quererte más? Despierta tu confianza. Comienza siempre tu oración al Padre del cielo con un grito confiado: *A ti, Señor, levanto mi alma; Dios mío, en ti confío* (24).

No le sientas nunca lejano o distante. Dios no está encerrado en un templo. No es propiedad de nadie. Está en el cielo. Dios es de todos. Desde cualquier lugar y en cualquier momento le puedes invocar con fe: *Tu bondad y tu misericordia me acompañan todos los días de mi vida* (22).

Vive con confianza. ¿Qué te puede suceder? ¿Qué te pueden hacer? *Dios te sostiene* (53). Es tu Padre. También en los momentos difíciles le puedes gritar: *No me escondas tu rostro... Hazme escuchar tu gracia, que confío en ti* (142).



Nosotros aguardamos al Señor:
él es nuestro auxilio y escudo;
con él se alegra nuestro corazón,
en su santo nombre confiamos.
Que tu misericordia nos acompañe.

Salmo 32

A ti, Señor, levanto mi alma;
Dios mío, en ti confío,
no quede yo defraudado.

Salmo 24

Si grito invocando al Señor,
él me escucha...

Salmo 3

Yo confío en el Señor;
tu misericordia será mi gozo y mi alegría.

Salmo 30

Extiendo mis brazos hacia ti:
tengo sed de ti, como tierra reseca.
Escúchame enseguida, Señor,
que me falta el aliento.
No me escondas tu rostro...
Hazme escuchar tu gracia,
ya que confío en ti.

Salmo 142

Aunque camine por cañadas oscuras,
nada temo, porque tú vas conmigo...
Tu bondad y tu misericordia me acompañan
todos los días de mi vida.

Salmo 22

Dios es mi auxilio,
el Señor me sostiene.

Salmo 53

TODOS SOMOS HERMANOS

No reces el Padrenuestro encerrado en tu pequeño mundo de intereses. Ensancha tu corazón. Invoca al Padre del cielo sintiéndote muy unido a toda la familia humana. Todos somos hermanos y hermanas, hijos del mismo Padre. No pidas solo por ti. Pide a Dios por todos: *Que el Señor nos bendiga a todos... pequeños y grandes* (113).

Mira el mundo con los ojos de Dios. *Desde los cielos, el Señor mira... a todos los habitantes de la tierra* (32). Él los conoce y los quiere. *Él modeló cada corazón y comprende sus acciones* (32). Despierta tu amor a todos. Son de tu familia.

Piensa, sobre todo, en los que sufren o viven solos, los que no tienen a nadie que los defienda, en los que mueren de hambre y de miseria, los que no conocen el pan ni la amistad. Sintoniza con el corazón de Dios: *Tú ves las penas y trabajos de los humildes, tú los miras y los tomas en tus manos* (9).



Desde los cielos mira el Señor,
y ve a todos los hombres;
desde su morada observa
a todos los habitantes de la tierra:
él modeló cada corazón
y comprende sus acciones.

Salmo 32

Tú ves las penas y trabajos de los humildes,
tú los miras y los tomas en tus manos;
a ti se encomienda el pobre,
tú eres el socorro del huérfano...
Tú escuchas los deseos de los humildes.
Les prestas oído y los animas.

Salmo 9

Miradlo los humildes, y alegraos...
Que el Señor escucha a su pobres,
no desprecia a sus cautivos.
Alábenlo el cielo y la tierra.

Salmo 68

¿Quién como el Señor, Dios nuestro,
en el cielo o en la tierra,
el que encumbra su trono,
y se abaja para mirar?...
Levanta del polvo al desvalido,
alza de la basura al pobre.

Salmo 112

Dichoso el que espera en el Señor, su Dios,
que hizo el cielo y la tierra...
que mantiene su fidelidad perpetuamente,
que hace justicia a los oprimidos,
que da pan a los hambrientos.
El Señor liberta a los cautivos,
el Señor abre los ojos al ciego,
el Señor endereza a los que se doblan,
el Señor ama a los honrados,
el Señor guarda a los emigrantes,
sustenta al huérfano y a la viuda
y trastorna el camino de los malvados.

Salmo 145

Señor, ¿quién como tú,
que defiendes al débil del poderoso,
al pobre y humilde, del explotador?

Salmo 34

Que el Señor se acuerde de nosotros
y nos bendiga...
bendiga a los fieles del Señor,
pequeños y grandes

Salmo 113

Que tu compasión nos alcance pronto,
pues estamos agotados.

Salmo 78

Sálvanos, Señor, que se acaba la lealtad,
que desaparece la sinceridad entre los hombres:
no hacen más que mentirse unos a otros,
hablan con labios embusteros
y con doblez del corazón.

Salmo 11

II

SANTIFICADO SEA TU NOMBRE

QUE TODOS RECONOZCAN LA GRANDEZA DE DIOS

¿Qué nombre le podemos poner a Dios? Todos se quedan pequeños. Tú llámalo sencillamente “Padre”, como hacía Jesús. No digas nada más. Adora su grandeza insondable. Dile despacio: Padre nuestro, *tú eres grande... tú sólo eres Dios* (85).

No todos reconocen a Dios. Muchos lo olvidan, bastantes dudan, algunos lo rechazan, pero no pocos lo buscan, a veces sin saberlo. Dile a Dios el deseo de tu alma: *Alégrense y gocen contigo todos los que te buscan; digan siempre: Grande es el Señor.*

Deja que la alegría inunde tu corazón. Tú sí conoces la grandeza inmensa de Dios. Proclama con gozo: *Bendito sea el nombre del Señor, ahora y por siempre* (112). Toda tu vida puede ser alabanza incansable a Dios nuestro Padre: *Todos los días te bendeciré, alabaré tu nombre sin cesar* (144).



Proclamad conmigo la grandeza del Señor,
ensalcemos juntos su nombre.

Salmo 33

Bendito sea el nombre del Señor,
ahora y por siempre:
desde la salida del sol hasta su ocaso
sea alabado el nombre del Señor.

Salmo 112

Todos los pueblos vendrán a postrarse ante ti,
y a dar gloria a tu nombre, Señor mío,
pues tú eres grande y haces maravillas; tú sólo eres
Dios.

Salmo 85

Todos los días te bendeciré,
alabaré tu nombre sin cesar.
Grande es el Señor y digno de toda alabanza,
es inmensa tu grandeza.

Salmo 144

Señor, Dios nuestro,
qué admirable es tu nombre en toda la tierra.
Tu majestad se alza por encima de los cielos.

Salmo 8

Dad gracias al Señor, invocad su nombre,
dad a conocer sus hazañas a los pueblos...
sentíos orgullosos de su nombre santo,
que se alegren los que buscan al Señor.
Recurrid al Señor y a su poder,
buscad su rostro sin descanso.

Salmo 104

Te damos gracias, oh Dios, te damos gracias
invocando tu nombre, contando tus maravillas...
Desde siempre y por siempre tú eres Dios.

Salmo 89

Alégrense y gocen contigo
todos los que te buscan;
digan siempre: Grande es el Señor,
los que desean tu salvación.

Salmo 39

Alabad al Señor, porque es bueno...
Yo sé que el Señor es grande,
nuestro dueño, más que todos los dioses.

Salmo 134

QUE TODOS EXPERIMENTEN LO BUENO QUE ES DIOS

Cuántas veces has experimentado el cariño y la ternura de Dios. Tú sabes que es bueno contigo. Lo mejor que has encontrado en tu vida. Solo oír el nombre de Dios, te recuerda su bondad. Confiésalo con gozo: *Alabad el nombre del Señor... porque es bueno* (134).

Cómo desearías que todos conocieran la bondad de Dios. Que experimentaran a Dios como el mejor Amigo, el único que nos puede salvar. Que al oír su nombre, lo sintieran como Padre. *Cantad al Señor, bendecid su nombre, proclamad día tras día su salvación* (95).



Alabad el nombre del Señor...
Alabad al Señor, porque es bueno.

Salmo 134

Nosotros aguardamos al Señor:
él es nuestro auxilio y escudo;
con él se alegra nuestro corazón,
en su santo nombre confiamos.

Salmo 32

Cantad al Señor un cantar nuevo,
que toda la tierra cante al Señor.
Cantad al Señor, bendecid su nombre,
proclamad día tras día su salvación.

Salmo 95

Confío en el amor de Dios para siempre jamás.
Te daré gracias siempre, porque has actuado,
y proclamaré ante tus fieles que tu nombre es magnífico.

Salmo 51

Te daré gracias de todo corazón, Dios mío,
daré gloria a tu nombre por siempre,
por tu gran misericordia...

Salmo 85

Cantad al Señor, fieles suyos,
dad gracias a su santo nombre.
Porque su ira dura un instante
y su favor toda la vida.

Salmo 29

Señor, Dios nuestro, sálvanos...
para que podamos celebrar tu santo nombre
y cantar tu alabanza.

Salmo 105

QUE DIOS CUIDE SU BUEN NOMBRE

Al rezar el Padrenuestro, no pienses en tus pequeños intereses. Busca la gloria de Dios: que él mismo llene la tierra de su amor. Así se verá lo grande que es. *No a nosotros, Señor, no a nosotros, solo a tu nombre da gloria, por tu amor y tu fidelidad* (114).

Dios nos quiere como nadie. No hay otro igual. Contempla el mundo envuelto secretamente por su bondad. Pídele a Dios que todos lo puedan notar. *Muestra... que tu amor llega hasta el cielo y que tu fidelidad alcanza las nubes* (56).

Hoy vivimos envueltos en problemas y sufrimientos. No sabemos lo que es vivir en plenitud. Pero un día conoceremos el poder salvador de Dios. No es una ilusión tuya. Grítale con fe: *Dios nuestro, sálvanos... para que podamos celebrar tu santo nombre* (106).



No a nosotros, Señor, no a nosotros,
solo a tu nombre da gloria,
por tu amor, por tu fidelidad.

Salmo 114

Tu amor llega hasta el cielo,
tu fidelidad alcanza las nubes.
Muestra, oh Dios, tu grandeza en los cielos
y tu gloria sobre la tierra.

Salmo 56

Muestra, oh Dios, tu grandeza en los cielos
y tu gloria sobre toda la tierra.
Sálvanos con tu poder, respóndenos.

Salmo 107

Manifestarás así tu gloria,
atenderás la súplica del desvalido
y no rechazarás su oración.

Salmo 101

Señor, Dios nuestro, sálvanos...
para que podamos celebrar tu santo nombre
y cantar tu alabanza.

Salmo 105

Envió la redención a su pueblo,
confirmó su alianza por siempre;
su nombre es sagrado y digno de respeto.

Salmo 110

El Señor es bondadoso con todos,
es cariñoso con todas sus criaturas.
Que tus obras te den gracias, Señor,
y que proclamen la gloria de tu reinado.

Salmo 144

III

VENGA A NOSOTROS TU REINO

VENGA A NOSOTROS TU REINO

Venga a nosotros tu Reino. Tú sabes que ese era el deseo más grande de Jesús. Su petición más ardiente al Padre: quería ver a Dios reinando en el mundo, poniendo entre los hombres justicia, amor y ternura. Cada vez que rezas el Padrenuestro, ha de crecer también en ti ese deseo: *El Señor llega a regir la tierra. Regirá el mundo con justicia y a los pueblos con rectitud* (97).

Sin embargo, tú ves que en el mundo reina la injusticia, los abusos y la mentira. Los hombres nos odiamos, nos hacemos daño, nos matamos unos a otros. No aceptamos a Dios como Padre. No nos tratamos como hermanos. ¿Cómo te sientes tú ante todo esto? Descúbrele a Dios tu corazón: *Mis ojos se consumen aguardando tu salvación y tu promesa de justicia* (118).

No dejes de invocar a Dios nuestro Padre. Cuando veas la fuerza del mal, dile tu pena: *¿Es que el Señor nos rechaza para siempre?... ¿Se ha agotado ya su misericordia? ¿Se ha terminado para siempre su promesa?* Cuando veas a hombres y mujeres luchando por un mundo más justo, despierta tu esperanza: *Yo confío en tu amor, mi corazón se alegrará con tu salvación* (12).



¿Es que el Señor nos rechaza para siempre
y ya no volverá a favorecernos?

¿Se ha agotado ya su misericordia,
se ha terminado para siempre su promesa?
¿Es que Dios se ha olvidado de su bondad
o la colera cierra sus entrañas?

Salmo 76

Mis ojos se consumen aguardando
tu salvación y tu promesa de justicia.

Salmo 118

Yo confío en tu amor,
mi corazón se alegrará con tu salvación.

Salmo 12

Despierta tu poder y ven a salvarnos.
¡Oh Dios, restáuranos,
ilumina tu rostro y nos salvaremos!

Salmo 80

Oh Dios, despliega tu poder,
el poder que actúa en favor nuestro.

Salmo 67

Hay muchos que dicen:
«¿Quién nos mostrará la felicidad?»
Haz brillar sobre nosotros la luz de tu rostro.

Salmo 4

Retumbe el mar y cuanto contiene,
la tierra y cuantos la habitan;
aplaudan los ríos, aclamen los montes
al Señor, que llega para regir la tierra.
Regirá el mundo con justicia
y a los pueblos con rectitud.

Salmo 97

Solo el Señor reina, él gobierna a las naciones.
Ante él se postrarán los grandes de la tierra,
ante él se inclinarán todos los mortales.

Salmo 21

El Señor desbarata los planes de las naciones,
deshace los proyectos de los pueblos;
pero el plan del Señor se mantiene siempre,
sus proyectos, por todos los siglos.

Salmo 32

QUE DIOS HAGA JUSTICIA A LOS POBRES

Qué fácilmente olvidas a los pobres. Incluso cuando rezas el padrenuestro. ¿No sabes que Dios quiere reinar en el mundo precisamente para defender a los que nadie defiende? Él *escuchará al afligido que no tiene protector, se apiadará del pobre y del indigente, salvará la vida de los pobres, vengará sus vidas de la violencia* (71). ¿Cómo puedes pedir el Reino de Dios olvidándote de ellos?

Al rezar a Dios Padre, no pidas solo por ti. No pidas solo por tus amigos y seres queridos. Aprende a invocar a Dios en nombre de los más desgraciados. Dile de corazón: Dios mío, aunque yo me olvide, *tú no olvides la vida de tus pobres* (73). Que no queden defraudados. *Que los pobres y afligidos alaben tu nombre* (73).

Al hablar con Dios, no lo imagines volcado solo en tus problemas y preocupaciones. Entra en su corazón de Padre. Mira hacia quiénes se inclina: *Tú ves las penas y trabajos de los humildes, tú los miras y los tomas en tus manos* (9) ¿Te pareces en algo a ese Dios Padre? ¿Te acercas a los pobres?



Que se postren ante él todos los reyes
y que todos los pueblos le sirvan;
porque él librára al pobre que pide auxilio,
al afligido que no tiene protector;
él se apiadará del pobre y del indigente,
y salvará la vida de los pobres;
él vengará sus vidas de la violencia,
su sangre será preciosa a sus ojos.

Salmo 71

Que venga la paz al pueblo desde los montes,
y la justicia desde las colinas;
que defienda a los humildes,
que salve a los pobres y aplaste al opresor.

Salmo 71

Dios está de parte de los justos.
Vosotros os reís de los proyectos de los desvalidos,
pero el Señor es su refugio.

Salmo 13

El Señor reina por siempre
y establece su trono para el juicio:
juzga al mundo con justicia
y rige a los pueblos con rectitud.
El Señor es refugio del oprimido,
su refugio en los momentos de peligro.

Salmo 9

No olvides sin remedio la vida de tus pobres.
Piensa en tu alianza: que los rincones del país están
llenos de violencias.

Que el oprimido no salga defraudado,
que pobres y afligidos alaben tu nombre.

Salmo 73

Miradlo los humildes, y alegraos...
Que el Señor escucha a sus pobres, no desprecia a
sus cautivos.
Alábenlo el cielo y la tierra.

Salmo 68

Tú ves las penas y trabajos de los humildes,
tú los miras y los tomas en tus manos...
Señor, tú escuchas los deseos de los humildes.
Les prestas oído y los animas.

Salmo 9

Señor, ¿quién como tú,
que defiendes al débil del poderoso,
al pobre y humilde, del explotador?

Salmo 34

Dichoso el que espera en el Señor, su Dios...
que mantiene su fidelidad perpetuamente,
que hace justicia a los oprimidos,
que da pan a los hambrientos.
El Señor liberta a los cautivos,

el Señor abre los ojos al ciego,
el Señor endereza a los que ya se doblan,
el Señor ama a los honrados,
el Señor guarda a los emigrantes,
sustenta al huérfano y a la viuda
y trastorna el camino de los malvados

Salmo 144

IV

HÁGASE TU VOLUNTAD EN LA TIERRA
COMO EN EL CIELO

QUE DIOS CUMPLA SUS PLANES DE SALVACIÓN

Tú no le pides a Dios que se olvide de sus planes y haga tu voluntad. Le pides exactamente lo contrario: que se olvide de tus intereses y pequeños caprichos, y que se cumpla ese deseo ardiente que guarda en su corazón de Padre. Es lo más grande que le puedes pedir a Dios: *Muéstranos, Señor, tu amor y danos tu salvación* (84).

Los pueblos no escuchan la voluntad de Dios. No siguen sus caminos. Habla con Dios. Él puede cambiar el corazón de los hombres y mujeres que habitan la tierra: *El Señor ilumine su rostro sobre nosotros; conozca la tierra tus caminos, todos los pueblos tu salvación* (66).

No tengas miedo a pedirle a Dios que se haga su voluntad. Es lo mejor para ti y para todos, pues Dios quiere solo nuestro bien y nuestra felicidad. *Que se alegren contigo todos los que te buscan; que los que anhelan tu salvación repitan: «Grande es el Señor»* (39).



El Señor tenga piedad y nos bendiga,
ilumine su rostro sobre nosotros;
conozca la tierra tus caminos,
todos los pueblos tu salvación.

Salmo 66

Despierta tu poder y ven a salvarnos,
oh Dios, restáuranos,
que brille tu rostro y nos salve.

Salmo 79

Que se alegren y gocen contigo todos los que te
buscan;
que los que anhelan tu salvación repitan:
«Grande es el Señor».

Salmo 39

De ti, Señor, viene la salvación.
Descienda tu bendición sobre tu pueblo.

Salmo 33

Restáuranos, Dios Salvador nuestro...
¿no vas a devolvernos la vida,
para que tu pueblo se alegre contigo?
Muéstranos, Señor, tu amor, y danos tu salvación.

Salmo 84

Proclamaré las hazañas del Señor,
recordaré que solo tú puedes salvar.

Salmo 70

Del Señor viene la salvación de los justos:
él es su refugio en tiempos de angustia;
el Señor los ayuda y los libera,
los libera de los malvados y los salva, porque se
acogen a él.

Salmo 36

Dime: «Yo soy tu salvación».

Salmo 34

ENSÉÑAME A CUMPLIR TU VOLUNTAD

No puedes rezar el Padrenuestro sin sentir un deseo grande de cumplir la voluntad de Dios. Pero tienes miedo a que Dios te pida demasiado. Te sientes débil, sin fuerzas para seguir sus caminos. Escucha a Dios en el fondo del alma. Confía en él: *Enséñame a cumplir tu voluntad y a guardarla de todo corazón; guíame por las sendas de tus mandatos* (118).

No te desanimes nunca por tus errores y pecados. Dios conoce tu fragilidad. Te quiere tal como eres. Que no se apague nunca tu deseo de cumplir su voluntad: *Dios mío, amo tu voluntad... la llevo en mis entrañas* (39). Dile con sinceridad: *Te busco de todo corazón, no consientas que me desvíe de tus mandamientos* (118).

A veces tienes miedo a equivocarte. No sabes cuál puede ser la voluntad de Dios. Quieres acertar y no sabes qué hacer. Cuenta con Dios, tu Padre: *Indícame el camino que he de seguir* (142). No te engañes a ti mismo: *Enséñame, Señor, tu camino para que siga tu verdad* (85). Pídele a Dios ser fiel: *«Haz que camine con fidelidad»* (24).



Enséñame a cumplir tu voluntad
y a guardarla de todo corazón;
guíame por las sendas de tus mandatos,
porque ella es mi gozo.

Salmo 118

Señor, enséñame tus caminos,
instrúyeme en tus sendas:
haz que camine con fidelidad,
enséñame, porque tú eres mi Dios y mi Salvador,
en ti espero siempre.

Salmo 24

Enséñame, Señor, tu camino
para que siga tu verdad;
mantén mi corazón entero
en el temor de tu nombre.

Salmo 85

Amo tu voluntad, Dios mío,
llevo tu ley en mis entrañas.

Salmo 39

Te busco de todo corazón,
no consientas que me desvíe de tus mandamientos...
Tu voluntad es mi delicia,
no olvidaré tus palabras.

Salmo 118

Ábreme los ojos y contemplaré
las maravillas de tu voluntad.

Salmo 118

Apártame del camino falso
y dame la gracia que es tu voluntad.

Salmo 118

Indícame el camino que he de seguir,
pues levanto mi alma hacia ti...
Enséñame a cumplir tu voluntad,
ya que tú eres mi Dios.
Tú espíritu, que es bueno,
me guíe por tierra llana.

Salmo 142

V

DANOS HOY NUESTRO PAN
DE CADA DÍA

EL PADRE ALIMENTA NUESTRA VIDA

Al rezar el Padrenuestro, no pides a Dios riquezas ni bienestar, sino lo que necesitas para vivir. Tú no puedes darte a ti mismo la vida. Es Dios, tu Padre, quien te hace vivir. Él te da el pan de la vida. *Él alimenta a todo viviente, porque es eterna su misericordia* (135).

Tú te afanas por muchas cosas. Haces proyectos, trabajas, organizas tu futuro... Es normal. Pero la vida que hay en ti es regalo de Dios. No lo olvides nunca. Vive dando gracias por todo lo que recibes de él. *Si el Señor no construye la casa, en vano se afanan los albañiles... Es inútil que os fatiguéis para ganar el pan. ¡Dios se lo da a sus amigos mientras duermen!* (126).



Dios mío, qué grande eres...
Haces brotar la hierba para el ganado,
y las plantas que el hombre cultiva,
para sacar el pan de la tierra
y el vino que alegra a los hombres,
el aceite que da brillo a su rostro
y el alimento que les da fuerzas.
Todos, Señor, están pendientes de ti
y esperan que les des la comida a su tiempo.
Tú se la das y ellos la toman,
abres tu mano y quedan saciados.

Salmo 103

Si el Señor no construye la casa,
en vano se afanan los albañiles;
si el Señor no guarda la ciudad,
en vano vigila el centinela.
Es inútil que madruguéis,
que veléis hasta muy tarde,
y que os fatiguéis para ganar el pan:
¡Dios se lo da a sus amigos mientras duermen!

Salmo 126

El Señor es compasivo y misericordioso.
Él da alimento a sus fieles
recordando siempre su alianza.

Salmo 110

Él es nuestro Dios,
y nosotros su pueblo,
ovejas que él apacienta.

Salmo 94

Él da alimento a todo viviente,
porque es eterna su misericordia.

Salmo 135

Los ojos del Señor están puestos en sus fieles,
en los que esperan en su misericordia,
para librarles de la muerte
y reanimarlos en tiempos de hambre.

Salmo 32

QUE DIOS NOS DÉ VIDA

Si te levantas cada mañana es porque Dios alienta tu vida. Si ves la luz de cada amanecer es porque Dios te despierta. Alaba a Dios, que es fuente de toda vida. Reconoce con gozo que todos vivimos sostenidos por su amor: *En ti está la fuente de la vida, y tu luz nos hace ver la luz* (35).

Hay días en que te sientes muy mal. Hundido y sin fuerzas para vivir. Necesitas a Dios más que nunca. Necesitas que te llene de vida. Siéntete unido a todos los que viven al límite de sus fuerzas. Acude a Dios con fe: *¡Estoy tan afligido, Señor, dame vida según tu promesa!* (118). Danos vida.

Te agarras con fuerza a esta vida. Es la única que conoces. Pero la Vida es más que esta vida. Tú anhelas vida eterna. Despierta tu esperanza. Confía en Dios: *«Espero gozar de la dicha del Señor en el país de la vida»* (26).



Los humanos se sacian de la abundancia de tu casa,
les das a beber en el río de tus delicias;
porque en ti está la fuente de la vida,
y tu luz nos hace ver la luz.

Salmo 35

Alabaré al Señor mientras viva.
No pongáis vuestra confianza en los poderosos,
seres humanos que no pueden salvar;
exhalan su aliento y retornan al polvo,
y ese día perecen sus proyectos.

Salmo 145

Me envolvían redes de muerte...
caí en tristeza y angustia.
Invoqué al Señor:
«Señor, salva mi vida».

Salmo 114

Mi vida se gasta en el dolor,
mis años, en gemidos,
mi vigor decae con las penas...
Todo me da miedo...
Pero yo confío en ti, Señor,
te digo: Tú eres mi Dios...
Sálvame, por tu misericordia.

Salmo 30

Me consumo ansiando tu salvación,
y espero en tu palabra;
mis ojos se consumen ansiando tus promesas.
Por tu bondad, dame vida.

Salmo 118

¡Estoy tan afligido, Señor!
Dame vida según tu promesa.

Salmo 118

Caminaré en presencia del Señor
en el país de la vida.

Salmo 114

Espero gozar de la dicha del Señor
en el país de la vida.
Espera en el Señor, sé valiente,
ten ánimo, espera en el Señor.

Salmo 26

VI

PERDONA NUESTRAS OFENSAS, COMO
TAMBIÉN NOSOTROS PERDONAMOS
A LOS QUE NOS OFENDEN

PADRE, HEMOS PECADO CONTRA TI

Todos somos pecadores. También tú. Ante Dios no necesitas defenderte ni disculparte. Reza siempre el padrenuestro con humildad. Acude a Dios confesando tu pecado: *Yo reconozco mi culpa... contra ti, contra ti sólo pequé* (50). Dios te escuchará: *Un corazón contrito y humillado, tú, oh Dios, no lo desprecias* (50).

En el mundo hay maldad e injusticia. A veces, tú mismo te sientes abrumado por la fuerza del mal. Confía en Dios, nuestro Padre. Dile en nombre de todos: *Si llevas cuentas de las culpas, Señor, ¿quién podrá resistir?* (129). Confía en su amor de Padre: *Nuestros pecados nos abruman, pero tú los perdonas* (64).

Que el pecado nunca te aleje de Dios. Que nunca te impida invocarlo como Padre. Eres pecador, pero Dios te sigue amando. Es el momento de confiarte a él: *No me abandones, Dios mío, no te quedes lejos, ven aprisa a socorrerme* (37). Podrás sentir su perdón: *Dios escucha mi voz... me redime y me da paz* (54).



Hemos pecado, igual que nuestros antepasados
hemos cometido maldades e iniquidades.

Salmo 84

Un corazón contrito y humillado
tú, oh Dios, no lo desprecias.

Salmo 50

A ti acude todo mortal
a causa de sus culpas;
nuestros pecados nos abruman,
pero tú los perdonas.

Salmo 64

Si llevas cuentas de las culpas, Señor,
¿quién podrá resistir?
Pero de ti procede el perdón
y así infundes respeto.

Salmo 129

Yo reconozco mi culpa,
tengo siempre presente mi pecado.
Contra ti, contra ti sólo pequé,
cometí la maldad que aborreces.

Salmo 50

Señor, ten misericordia,
sáname, porque he pecado contra ti.

Salmo 40

Me siento abrumado por mis culpas,
son un peso superior a mis fuerzas...

Yo confieso mi culpa,
me aflige mi pecado...
no me abandones, Señor;
Dios mío, no te quedes lejos,
ven aprisa a socorrerme,
Señor mío, mi salvación.

Salmo 37

Yo invoco a Dios
y el Señor me salva...
Dios escucha mi voz...
Dios me redime y me da paz.

Salmo 54

PADRE, PERDÓNANOS

Dios no es como nosotros. No sabe odiar ni vengarse. De su corazón de Padre solo brota amor, perdón y ternura. Medita en su bondad: *No nos trata como merecen nuestros pecados ni nos paga según nuestras culpas... porque el sabe de qué estamos hechos, se acuerda de que somos barro* (102).

Cuando reces el Padrenuestro, piensa a quién estás invocando. Dile desde lo más íntimo: *Tú eres bueno y perdonas... eres misericordioso con los que te invocan* (85). Repítelo despacio: *Recuerda, Señor, que tu ternura y tu misericordia son eternas...* (24).

El perdón de Dios es total. Quita nuestro pecado. Lo destruye. Nos renueva por dentro. Nos devuelve la inocencia. Déjate purificar por Dios: *Señor, limpia mi pecado. Borra de mí toda culpa. Crea en mí un corazón puro. Renuévame por dentro* (50).

El perdón de Dios te llenará de alegría. Pídele a él conocer esa alegría: *Da alegría a tu siervo... porque tú eres bueno y perdonas* (85). *Devuélveme la alegría de tu salvación* (50). Piensa en todos los hombres y mujeres. Ojalá que puedan conocer esa alegría: *Dichoso el que ve olvidada su culpa y perdonado su pecado* (31).



El Señor es compasivo y clemente,
paciente y misericordioso;
no está siempre acusando
ni guarda rencor perpetuo.

No nos trata como merecen nuestros pecados,
ni nos paga según nuestras culpas;
como se levanta el cielo sobre la tierra,
se levanta su bondad sobre los fieles;
como dista el oriente del ocaso,
así aleja de nosotros nuestros delitos;
como un padre siente ternura por sus hijos,
siente el Señor ternura por sus fieles;
porque él sabe de qué estamos hechos,
se acuerda de que somos barro.

Salmo 102

Mi alma espera en el Señor,
espera en su palabra...
porque del Señor viene la misericordia,
la redención generosa.

Salmo 129

Tú eres mi Dios, piedad de mí, Señor,
que te estoy llamando todo el día;
da alegría a tu siervo,
que se dirige a ti, Señor,
porque tú eres bueno y perdonas,
eres misericordioso con los que te invocan.

Salmo 85

Recuerda, Señor, que tu ternura
y tu misericordia son eternas;
no te acuerdes de los pecados
ni de las maldades de mi juventud;
acuérdate de mí con misericordia.
Por tu nombre, Señor, perdona mis culpas,
que son muchas.

Salmo 24

Misericordia, Dios mío, por tu bondad,
por tu inmensa compasión borra mi culpa;
lava del todo mi delito,
limpia mi pecado...
Purifícame... quedaré limpio.
Laváme, quedaré más blanco que la nieve.
Házme oír el gozo y la alegría...
Aparta de mi pecado tu vista,
borra en mí toda culpa.
Oh Dios, crea en mí un corazón puro,
renuévame por dentro con espíritu firme;
no me arrojes lejos de tu rostro,
no me quites tu santo espíritu.
Devuélveme la alegría de tu salvación.

Salmo 50

Tú, Señor, no me cierres tus entrañas,
que tu misericordia y tu lealtad
me guarden siempre...

Se me echan encima mis culpas
y no puedo huir...
Dios mío, dignate librarme;
Señor, date prisa en socorrerme.

Salmo 39

¿Quién conoce sus fallos?
Absuélveme de lo que se me oculta...
así quedaré libre e inocente
de grave pecado.

Salmo 18

No recuerdes contra nosotros las culpas de antaño;
compadécete pronto de nosotros,
porque estamos agotados.
Ayúdanos, oh Dios, salvador nuestro,
por la gloria de tu nombre
líbranos y perdona nuestros pecados.

Salmo 78

Dichoso sea el que ve olvidada su culpa
y perdonado su pecado.
Dichoso el hombre a quien el Señor
no le imputa la falta...
Te manifesté mi pecado,
no te encubrí mi falta;
me dije: «Confesaré al Señor mis culpas».
Y tú perdonaste mi culpa y mi pecado.

Salmo 31

Señor, has sido bueno con tu tierra...
has perdonado la culpa de tu pueblo,
has enterrado todos sus pecados.

Salmo 84

VII

NO NOS DEJES CAER EN LA TENTACIÓN

TE INVOCAMOS, PADRE, DESDE LA DEBILIDAD

El ser humano es débil e inconstante. Fácilmente olvida el amor y la justicia, y cae en la tentación de seguir los caminos del egoísmo y el odio. Pide a Dios por toda la humanidad: *Oh Dios, restáuranos, ilumina tu rostro y nos salvaremos* (79). *Levántate a socorrernos, rescátanos, por tu amor* (43).

Tampoco tú eres un héroe. Conoces bien tu debilidad. Tienes buenos deseos en tu corazón, pero luego caes una y otra vez en los mismos errores. Apóyate en Dios. Refúgiate en él: *Sostenme con tu promesa... Dame tu apoyo...* (118). *Tú eres mi auxilio y mi liberación, Señor, no tardes* (69).

A veces te sientes solo. No sabes a quién acudir, ni de dónde sacar fuerzas. Recuerda que Dios está pendiente de ti. Es tu Padre. Confía en él: *Nada temo porque tú vas conmigo... Tu bondad y tu misericordia me acompañan todos los días* (22).



Despierta tu poder y ven a salvarnos.

Oh Dios, restáuranos,
ilumina tu rostro y nos salvaremos.

Salmo 79

¿Por qué escondes tu rostro
y olvidas nuestra desgracia...?

Levántate a socorrernos, rescátanos, por tu amor.

Salmo 43

Señor, te estoy llamando, ven deprisa,
escucha mi voz cuando te llamo.

Señor, mis ojos están vueltos a ti,
en ti me refugio, no me dejes indefenso.

Salmo 140

Tú eres mi refugio y mi escudo,
yo espero en tu palabra...
sostenme con tu promesa y viviré...
dame apoyo y quedaré a salvo.

Salmo 118

Yo soy pobre y desgraciado,
Dios mío, socórreme,
que tú eres mi auxilio y mi liberación.
Señor, no tardes.

Salmo 69

Dios es mi auxilio,
el Señor me sostiene.

Salmo 53

El Señor está conmigo: no temo;
¿qué podrá hacerme el hombre?
El Señor está conmigo y me auxilia...
Mejor es refugiarse en el Señor
que fiarse de los hombres.

Salmo 117

Aunque camine por cañadas oscuras,
nada temo, porque tú vas conmigo...
Tu bondad y tu misericordia me acompañan
todos los días.

Salmo 22

Yo soy pobre y desgraciado,
pero el Señor cuida de mí;
tú eres mi auxilio y mi liberación:
Dios mío, no tardes.

Salmo 39

No tengo adónde huir;
nadie mira por mi vida.
A ti grito, Señor,
te digo: Tú eres mi refugio...

Salmo 141

NO NOS DEJES CAER

En cualquier momento puedes caer. Te ha sucedido más de una vez: te olvidas de Dios y sigues tus propios caminos. Pero Dios es tu Padre, te acompaña y está vigilante. *No te dejará caer, tu guardián no duerme... El Señor te guarda de todo mal* (120). Confía en él: *Fuerza mía, ven corriendo a ayudarme* (21).

Es muy fácil olvidarlo todo y seguir la inclinación de nuestro corazón egoísta. Es fácil dejarnos seducir por el bienestar, el prestigio o el propio interés. Ahora que lo estás invocando, pídele a él su ayuda: *No dejes que mi corazón se incline a la maldad* (140); *que la maldad no se apodere de mí* (118).

A lo largo de los días te vas a encontrar en situaciones que son una verdadera trampa. Un peligro en el que puedes echar a perder tu vida. Estate atento y vigilante. Acude confiado a Dios, tu Padre: *En mi camino me han tendido una trampa... Atiende mi clamor* (141); *estoy en peligro... acércate a mí* (68); *guárdame como a la niña de tus ojos* (21).



Vuélvete a mí y ten misericordia...
asegura mis pasos conforme a tu promesa,
que la maldad no se apodere de mí.

Salmo 118

Tienden una red bajo mis pies
y en mi sendero colocan lazos.
Yo digo al Señor: «Tú eres mi Dios;
atiende, Señor, mis gritos de súplica».

Salmo 139

Hacia ti, Señor, se vuelven mis ojos,
en ti me refugio, no me dejes indefenso.
Guárdame del lazo que me han tendido,
de la trampa de los malhechores.

Salmo 140

Tú conoces mis senderos
y sabes que en mi camino me han tendido una trampa.
Atiende a mi clamor, que ya no puedo más.

Salmo 141

Señor, te estoy llamando, date prisa,
escucha mi voz cuando te llamo...
No dejes que mi corazón se incline a la maldad.

Salmo 140

Tú, Señor, el Dios fiel, me librarás...
Yo confío en el Señor...
Velas por mi vida en peligro.

Salmo 30

No escondas tu rostro a tu siervo,
estoy en peligro, respóndeme enseguida.
Acércate a mí, rescátame,
líbrame de mis enemigos.

Salmo 68

Yo te invoco porque tú me respondes, Dios mío,
inclina el oído y escucha mis palabras...
Guárdame como a las niñas de tus ojos,
a la sombra de tus alas escóndeme.
Señor, no te quedes lejos;
fuerza mía, ven corriendo a ayudarme.

Salmo 21

Señor, guíame con tu justicia,
porque tengo enemigos;
alláname tu camino.

Salmo 5

Tú eres mi refugio, me libras del peligro,
a mi grito de socorro me proteges.

Salmo 31

Mira si en mi camino hay maldad,
y guíame por el camino eterno.

Salmo 139

No te dejará caer,
tu guardián no duerme;
no duerme ni reposa
el guardián de Israel...
El Señor te guarda de todo mal,
él guarda tu vida.

Salmo 120

A mí el Señor me recoge
y me rescata de las garras del abismo.

Salmo 48

Cuando me parece que voy a tropezar,
tu misericordia, Señor, me sostiene.

Salmo 93

VIII

LÍBRANOS DEL MAL

PADRE, EN TI CONFIAMOS

Los hombres son responsables del pecado que hay en el mundo, pero son también víctimas. El mal no está solo en su corazón. Está también en las estructuras y las instituciones, en la cultura que moldea a las personas y en el ambiente que respiran. Pide a Dios que nos libre del mal: *Socórrenos contra el enemigo porque de nada sirve la ayuda de los hombres* (59). *Que descienda sobre nosotros la bondad del Señor nuestro Dios* (89).

Termina el Padrenuestro abandonando confiadamente tu vida en Dios, tu Padre. Con él junto a ti estás seguro. Puedes enfrentarte a tus miedos: *En tus manos pongo mi vida... Tú velas por mí en el peligro* (30). *Mi destino está en tus manos* (30).

Termina tu oración al Padre muy unido a él, envuelto por su amor. Dile desde muy dentro: *Soy tuyo, sálvame* (118); *que tu amor me ponga a salvo* (6); *Líbrame, rescátame... sálvame* (70); *sálvame, por tu amor* (30).



Socórrenos contra el enemigo,
porque de nada sirve la ayuda del hombre.

Salmo 59

Que descienda sobre nosotros
la bondad del Señor, nuestro Dios.

Salmo 89

Muéstranos, Señor, tu amor
y dános tu salvación.

Salmo 84

No me abandones, Señor;
Dios mío, no te quedes lejos;
ven aprisa a socorrerme,
Señor mío, mi salvación.

Salmo 37

En tus manos pongo mi vida,
tú, Señor, el Dios fiel, me librarás...
Yo confío en el Señor;
tu misericordia será mi gozo y mi alegría...
Velas por mi vida en peligro.

Salmo 30

Yo soy pobre y desgraciado,
pero el Señor cuida de mí;
tú eres mi auxilio y mi liberación:
Dios mío, no tardes.

Salmo 39

Tú, Señor, trátame bien, por tu nombre,
líbrame con la ternura de tu bondad;
que soy un pobre desvalido...
Socórreme, Señor, Dios mío,
sálvame, por tu bondad.

Salmo 108

Me consumo ansiando tu salvación,
y espero en tu palabra;
mis ojos se consumen ansiando tus promesas...
Por tu bondad, dame vida.

Salmo 118

Mis ojos se consumen aguardando
tu salvación y tu promesa de justicia;
trata con misericordia a tu siervo.

Salmo 118

Soy tuyo, sálvame.

Salmo 118

Yo invoco a Dios
y el Señor me salva...
Dios escucha mi voz,
Dios me redime y me da paz.

Salmo 54

Respóndeme, Señor, pues tu amor es bondadoso;
por tu inmensa ternura, vuélvete hacia mí,
no ocultes tu rostro a tu siervo.

Estoy angustiado, respóndeme enseguida;
acércate a mí, rescátame, líbrame de mis enemigos.

Salmo 68

Señor, ¿hasta cuándo?
Vuélvete, Señor, y líbrame,
que tu amor me ponga a salvo.

Salmo 6

Señor, Dios mío, a ti me acojo,
líbrame de mis perseguidores y sálvame.

Salmo 7

A ti, Señor, me acojo...
Líbrame, rescátame tú, que eres fiel;
inclina tu oído hacia mí y sálvame.

Sé tú mi roca de refugio,
una fortaleza donde me salve,
pues tú eres mi roca y mi fortaleza.

Salmo 70

Yo confío en ti, Señor,
yo te digo: «Tú eres mi Dios».
Mi destino está en tus manos,
líbrame de los enemigos que me persiguen.
Que tu rostro resplandezca sobre tu siervo,
sálvame, por tu amor.

Salmo 30

ÍNDICE

<i>Presentación</i>	5
1. La estructura del Padrenuestro	5
2. Los salmos	7
3. ¿Cómo utilizar este libro?	7

EL PADRENUUESTRO

I. PADRE NUESTRO QUE ESTÁS EN EL CIELO	11
1. Experimentar a Dios como Padre	13
2. Con la confianza de hijos	16
3. Sabiéndonos hermanos	18
4. El Padre del cielo	19
5. Dios Padre y Madre	21
II. SANTIFICADO SEA TU NOMBRE	25
1. El nombre de Dios	27
2. La santidad de Dios	29
3. Que Dios santifique su nombre	30
4. Nuestro compromiso	31
III. VENGA A NOSOTROS TU REINO	33
1. Evitar ideas erróneas	35
2. La utopía del Reino de Dios	37
3. El Reino de Dios está llegando	38
4. Entrar en el Reino	41
IV. HÁGASE TU VOLUNTAD EN LA TIERRA COMO EN EL CIELO	45
1. La voluntad salvífica de Dios	47
2. Que el Padre haga realidad sus planes de sal- vación	48

3. En la tierra como en el cielo	49
4. En obediencia fiel al Padre	50
V. DANOS HOY NUESTRO PAN DE CADA DÍA	53
1. El pan	55
2. El pan nuestro	56
3. El pan de cada día	57
4. No solo de pan vive el hombre	58
5. El pan de la vida eterna	59
6. Regalo de Dios y trabajo del hombre	60
VI. PERDONA NUESTRAS OFENSAS, COMO TAMBIÉN NOSOTROS PERDONAMOS A LOS QUE NOS OFEN- DEN	63
1. Nuestra deuda con Dios	65
2. Perdónanos	67
3. Como también nosotros perdonamos	68
4. El sentido de nuestra petición de perdón.	70
VII. NO NOS DEJES CAER EN LA TENTACIÓN	73
1. Nuestra debilidad	75
2. La tentación	76
3. No nos dejes caer	77
4. Vigilar y orar	79
VIII. LÍBRANOS DEL MAL	81
1. El mal	83
2. Arráncanos del mal	84
3. Nuestra lucha contra el mal	86
IX. AMÉN	89

SALMOS PARA ORAR EL PADRENUESTRO

I. PADRE NUESTRO QUE ESTÁS EN EL CIELO	93
<i>Tenemos un Padre en el cielo</i>	95

	<i>En él ponemos nuestra confianza</i>	99
	<i>Todos somos hermanos</i>	102
II.	SANTIFICADO SEA TU NOMBRE	107
	<i>Que todos reconozcan la grandeza de Dios</i>	109
	<i>Que todos experimenten lo bueno que es Dios</i>	112
	<i>Que Dios cuide su buen nombre</i>	115
III.	VENGA A NOSOTROS TU REINO	119
	<i>Venga a nosotros tu Reino</i>	121
	<i>Que Dios haga justicia a los pobres</i>	124
IV.	HÁGASE TU VOLUNTAD EN LA TIERRA COMO EN EL CIELO	129
	<i>Que Dios cumpla sus planes de salvación</i>	131
	<i>Enséñame a cumplir tu voluntad</i>	134
V.	DANOS HOY NUESTRO PAN DE CADA DÍA	137
	<i>El Padre alimenta nuestra vida</i>	139
	<i>Que Dios nos dé vida</i>	142
VI.	PERDONA NUESTRAS OFENSAS, COMO TAMBIÉN NOSOTROS PERDONAMOS A LOS QUE NOS OFEN- DEN	145
	<i>Padre, hemos pecado contra ti</i>	147
	<i>Padre, perdónanos</i>	150
VII.	NO NOS DEJES CAER EN LA TENTACIÓN	155
	<i>Te invocamos, Padre, desde la debilidad</i>	157
	<i>No nos dejes caer</i>	160
VIII.	LÍBRANOS DEL MAL	165
	<i>Padre, en ti confiamos</i>	167